

CRISTO, NUESTRA ESPERANZA⁵⁷

I. LAS ESPERANZAS DEL MUNDO

Cristo es nuestra fe. También es nuestra esperanza. Bajo este aspecto lo vamos a considerar ahora. Pues, ¿de qué sirve creer en Él, en medio de los sufrimientos y las tinieblas del tiempo presente, si no es para desembocar con Él, algún día, más allá del túnel en el que penamos, en una eternidad de luz y de gozo? La noche que debemos atravesar en pos de Él se ilumina ya con resplandores maravillosos y el barro del camino se consolida bajo nuestros pies cuando realmente tenemos confianza en su amor. ¿Qué nos ha prometido? ¿Qué esperamos de Él? ¿Cómo vivir en consonancia con nuestra esperanza y con sus promesas? Es esto, lo que desearía considerar ahora, ¡Son tantos los cristianos que en la desorientación de la hora actual, olvidan cuál es la felicidad a la que Dios quiere conducirlos en el cielo y en la tierra!

Las perspectivas abiertas a nuestros deseos por el don del Padre y la misión del Hijo parecen inútiles y peligrosas a muchos de nuestros contemporáneos. Inútiles, porque el progreso de la ciencia, de la justicia y de la libertad ha de ofrecer muy pronto a la humanidad angustiada un remedio adecuado a los males que la oprimen. Peligrosas, porque el espejismo alucinante de un paraíso maravilloso aparta para siempre a los hombres de poder resolver sus propios problemas. La mentalidad a que me refiero está ya demasiado propagada para que podamos hablar de nuestra esperanza haciendo caso omiso de las esperanzas de los que nos rodean. Por esta razón, antes de volvernos hacia Cristo y preguntarle adónde nos conduce hoy y en el futuro, empecemos por interrogar a nuestro alrededor: este sabio, ese militante o aquel ateo, ¿qué cree, qué espera? ¿Qué creemos nosotros? ¿Qué esperamos nosotros junto con ellos? Porque cada uno de nosotros -aunque no nos parezca- está tan cerca de todos ellos por el corazón y el espíritu como lo está por la carne y la sangre.

La condición humana actual se caracteriza -a mi parecer- por el encuentro en nosotros de la angustia original con dos factores que no son nuevos en sí mismos pero cuyos efectos se dejan sentir ahora claramente: el espíritu matemático, al cual se debe la desacralización del universo, y la fe en el progreso, que es el fermento de todas las esperanzas modernas. De ahí las tres partes de la investigación que debemos realizar antes de examinar las promesas evangélicas: un mundo presa del miedo, un mundo enteramente profano, un mundo en plena evolución.

1. Un mundo presa del miedo

Cuando me pongo a determinar cuál es el móvil que anima interiormente a la humanidad en la perpetua actividad que despliega desde sus orígenes, no puedo menos que reconocer la verdad de la constatación que, en sus *Pensées*, expresa Pascal en términos magníficos:

“Todos los hombres sin excepción buscan la felicidad: sean cuales fueren los medios empleados, todos tienden hacia ese fin... La voluntad no hace el menor movimiento sino hacia ese objeto. La felicidad es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, aun de aquellos que deciden ahorcarse”.

Se obra sólo para ser feliz. Lo podemos comprobar fácilmente: el dinamismo interior de la naturaleza humana es necesariamente conforme a las efusiones exteriores de la naturaleza

⁵⁷ Tradujo: Hna. María Rosa de Nevaes, osb. Abadía de Santa Escolástica.

divina, y Dios no podría crear con otro fin que el de prodigar con profusión los tesoros de su bondad.

Pero si ausculto de nuevo a la humanidad, descubro en ella, junto con este inmenso apetito de felicidad, que ordena en todo momento su actividad entera, un sentimiento no menos universal que la atormenta a toda hora: el miedo. Se manifiesta tanto en los salmos, que doy por conocidos, como en las tragedias de Esquilo, de las que extraigo los siguientes pasajes:

“Desde hace mucho tiempo, los mortales repiten un dicho antiguo: la felicidad humana si sube muy alto no muere estéril; de la prosperidad brota una insaciable desgracia. Efectivamente la salud demasiado floreciente inquieta, porque la enfermedad, su vecina, está siempre pronta para derribarla. La prosperidad triunfante tropieza de pronto con un escollo invisible. Pisotear a los hombres es una necesidad innata de los mortales ¡Cuán triste es mi destino! Vuelco en la copa de mis cantos este mi lote de dolores. ¿Dónde me has conducido, trayéndome aquí, desdichada? ¿Dónde sino a la muerte? ¡Ay! ¡miserias de mi ciudad para siempre desaparecida! Hecatombes en que mi padre, para salvar nuestras fortificaciones, inmolvaba por millares los bueyes de nuestras praderas. ¡Y todo ha sido en vano! La ciudad de Príamo ha sufrido su destino; y yo, con el alma ardiendo, caeré por tierra” (*Agamenón* 750, 1000, 880, 1135, 1165).

La terrible angustia acumulada desde el fondo de las edades en el subconsciente de la humanidad es un parásito adherido a su sed de felicidad. La devora a fuego lento, la abate o la enloquece.

¿De dónde proviene el miedo, el miedo que siempre nos atenace y a veces nos embriaga? Abrid la Biblia y buscad las primeras palabras que Adán pronuncia en el paraíso terrenal después de haber cometido el pecado de ambición que nos ha perdido a todos: “Tuve miedo” (*Gn* 3,10). “Tuve miedo porque estoy desnudo”, desnudo ya frente a la naturaleza, frente al hombre y frente a Dios, despojado de mi autoridad sobre el universo material, de mi armonía con los demás, de mi dignidad sobrenatural, “y me he ocultado”. “¿Y quién te dijo que estabas desnudo? Eso quiere decir que has comido del árbol del cual Yo te había prohibido comer” (*Gn* 3,11). He ahí al hombre, con el deseo insaciable de su felicidad, deseo que conserva en su corazón después de su falta, abandonado, con los ojos abiertos (*Gn* 3,7) a todas las amenazas que pesan sobre él. Y tenemos así al hombre invadido por la angustia, sumido en el miedo. No saldrá más de él.

Lo vemos, primero, aplastado por esa naturaleza, tan admirable y buena, en que Dios le había hecho nacer: torturado por el hambre, entregado a las bestias, vencido por los cataclismos, atacado por la enfermedad, destinado a la muerte. No es muy agradable vivir con esas perspectivas. Y sin embargo, eso no es sino el primer lote del dolor, el menos cruel. En efecto, vemos al hombre aplastado por el hombre: asaltado por el odio y perseguido por la envidia, dado a la guerra y destinado a la exterminación. Hostilidades, violencias y esclavitudes de toda especie lo esperan. La necedad y la maldad lo agobian. Y esto no es lo peor, sólo un gusto anticipado del infierno. Lo vemos aplastado bajo el peso de su propio pecado: dividido en sí mismo, desgarrado en su corazón, desarticulado como un títere, a menudo roído por el remordimiento, atrapado a veces por la desesperación u obsesionado por el suicidio. Y su angustia está hábilmente alimentada a lo largo de sus jornadas, desde que se levanta hasta que se acuesta, por la oleada de toda clase de accidentes, crímenes y todo género de catástrofes con que lo inundan invariablemente los diarios, la radio y la televisión. Lo asombroso es que todavía resista a la locura.

Desde el primer instante que siguió a la caída ya se vislumbran esos males como un prólogo atroz de la historia futura: la maldición de Dios arrojando al género humano del paraíso terrenal,

preanunciando a la mujer sus sufrimientos de madre y su sumisión de esposa, y al hombre, la obligación de trabajar hasta la muerte para ganar su pan cotidiano (*Gn* 3,16-24); luego, el asesinato de Abel y el terror de Caín de ser muerto por el primer advenedizo (*Gn* 4,8-14); para el asesino el tormento del pecado antes de realizarlo y el peso de su crimen después de realizado. Todo el futuro está en este drama inicial.

No obstante, en medio de tantas nubes acumuladas de repente sobre su cabeza, un primer rayo de esperanza surge para la humanidad pecadora con el protoevangelio, oscuro anuncio de la Buena Nueva ulterior. “El te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón”, dice Dios a la serpiente, hablando del linaje de la mujer (*Gn* 3,15). Por miles de años, nuestros antepasados no tendrán otra esperanza en su lucha implacable con la naturaleza, con el hombre y con ellos mismos. Conocemos lo que sigue. Después de los resplandores fugaces de la alianza con Noé, tenemos, ya muy cerca de nosotros, la vocación de Abraham, la elección de Israel, la venida del Mesías, el florecimiento de la Iglesia, y luego, repentinamente, un cierto declinar y casi un derrumbamiento de ésta a partir del Renacimiento. A las esperanzas de la fe, cuyo astro había surgido en el siglo XIX antes de nuestra era, alcanzando su cenit bajo el reinado de Tiberio y luego, a punto de perecer -según parecía- hace cien años, a esas esperanzas fallidas han sucedido otras. Son las nuevas esperanzas del mundo.

No es mi intención insistir sobre los elementos negativos que han apartado de la Iglesia, en el decurso de los últimos siglos, a un número impresionante de sus hijos mientras ella se esforzaba por conquistar otros en diversos continentes. Me parece más importante ayudar a percibir lo positivo en las concepciones, aspiraciones y esperanzas del siglo XX.

2. Un mundo enteramente profano

El hombre ha tomado cada vez mayor conciencia, en el curso de los últimos siglos, de su poder para dominar el mundo y del medio que debía emplear para lograrlo. El poder siempre creciente de los pueblos industrializados proviene del prodigioso desarrollo de la ciencia gracias al uso intensivo del instrumento matemático, que al permitir medirlo todo, permite dominarlo todo. Este es el nudo de la cuestión. El éxito es maravilloso. A fuerza de abstracciones, de conceptos imaginarios y de leyes teóricas, representados a su vez por signos, cifras y fórmulas relativamente fáciles de manejar, el sabio moderno se ha propuesto reconstruir a su manera las realidades del universo para hacerse de él una representación racional donde su espíritu se sienta a gusto. Y el técnico se esfuerza luego por explotar esos modelos inteligibles, para imponer su forma ideal a los elementos de la naturaleza a fin de someterlos a los deseos de sus contemporáneos. Por cierto, es grande y noble empresa la de vaciar el mundo en el molde estrecho de la razón humana, primero de modo ideal, luego de un modo extremadamente práctico.

Pero abstraer es una operación peligrosa. Ya no se alcanza, por definición, más que ciertos aspectos de la realidad en detrimento de otros. En el caso que nos ocupa, no se retiene más que las dimensiones cuantitativas de las cosas, o sus caracteres reductibles a lo cuantitativo, en detrimento de lo que no puede ser efectivamente sujeto a las matemáticas, por no pertenecer al orden de la cantidad, comenzando por el fluir existencial del ser. Hace algunos meses discutía yo estos problemas con una joven priora imbuida de matemáticas, producto típico de la formación actual. Hasta llegó a decirme que en resumidas cuentas un armario no es sino volumen con vacío en su interior y que le importaba poco que dicho mueble fuese de tal o cual estilo. Durante el almuerzo también tuve que aprender, a mis expensas, que para ella un plato no es más que un recipiente, que tiene materia en su interior y que poco lo importaba que el alimento en cuestión estuviese cocido o crudo, frío o caliente. A sus ojos lo singular carecía de interés.

Un armario, un plato era manifiestamente para ella impensable, en cambio para mí, que soy

metafísico, lo supremo inteligible. “¿Y las personas?”, le pregunté. Entonces la religiosa se sobrepuso a la matemática y me confesó que, a pesar de todo, confería cierta importancia a las hermanas confiadas a su cargo, de manera individual, y no solo colectivamente. Esta anécdota ilustra bastante bien lo que deseo hacer entender.

De abstracción en abstracción y de fórmula en fórmula, todo fenómeno es reabsorbido en una red de relaciones sin substrato y la realidad se transforma en un tejido de ecuaciones. Una relación que alcanzase un término extrínseco al universo, al escapar a nuestros instrumentos de medir, es, a priori, inconcebible. Y en esas condiciones, aquel que se obstinara en hablar de Dios y en considerarlo como agente del mundo, haría necesariamente de Él una expresión del vínculo existente entre los fenómenos de la naturaleza, un símbolo bastante grosero del axioma universal que encierra en sus mallas la totalidad de lo real. Ya no hay Dios, dice, con razón, el racionalista ateo desde la posición en que se ha encerrado. Querer probar que hay Dios partiendo de las realidades materiales es una blasfemia, añade en seguida el sabio cristiano, porque sería destruir inevitablemente su trascendencia. Edouard Le Roy, sucesor de Bergson en el *Collège de France*, y ferviente católico, ha expresado muy acertadamente este punto de vista en *Le problème de Dieu*, cuando escribe: “Deducir a Dios equivale a negarlo. Pretender encontrarlo de esa manera es lo mismo que querer alcanzarlo por un método ateo”.

Si de las ciencias físicas propiamente dichas pasamos a sus prolongaciones biológicas, psicológicas y sociológicas y luego a las ciencias históricas, nos volvemos a encontrar, debido a la influencia ejercida por las primeras sobre la mentalidad moderna, con un mismo y único espíritu. El fenómeno histórico, en particular, es resuelto en un haz de relaciones sin substrato que se tiende a definir por leyes abstractas, sin que se haya logrado hasta el día de hoy formularlas de una manera realmente matemática. Se va hacia ello, es verdad, por el examen cotidiano de la coyuntura internacional con la máquina electrónica en Washington o en Moscú y con todos los estudios preparatorios a los planes económicos. En todo caso, no hay ya cabida para una incidencia extraña a los datos de la experiencia a partir del momento en que son analizados como puros elementos de combinaciones teóricas. Y si alguien persiste en buscar en los acontecimientos la manifestación de una intervención divina, se le reprochará que hace un ultraje a Dios reduciéndolo a ser un factor inmanente de la evolución histórica, identificado con el pueblo hebreo o con la raza alemana. Siguiendo a Loisy, los estudiosos cristianos repiten con los racionalistas ateos que “Dios no es un personaje de la historia así como no es un elemento del mundo físico”. Y en cierto sentido tienen razón porque Dios nunca obra en este mundo sin poner en juego las naturalezas creadas por Él, ni siquiera al hacer milagros.

Todavía antes de la guerra creían algunos que sería posible escapar de la prisión del universo elevándose hacia Dios, partiendo del fluir misterioso de la vida interior. Después de haber vaciado el mundo exterior de su sustancia, reduciéndolo a sus categorías de pensamiento, se imaginaban que por la introspección tocarían en sí mismos al ser en su realidad existencial. ¡Ay! Ya el psicoanálisis aplicado a los místicos envolvía las experiencias de los creyentes en una red desde donde toda evasión hacia lo trascendente se tornaba imposible. Antes de que el existencialismo llegase a su mayoría de edad, se asistía ya a los primeros ensayos de la fenomenología. Con ella se cerraba el último camino hacia Dios. En el espíritu, como anteriormente en el cosmos, todo se reducía a una red de relaciones sin substrato. La ciencia terminaba de aprisionar al hombre en el seno de un universo cerrado al que muy pronto comenzaría a recorrer no sólo con la mirada, y del cual no tendría ya ninguna esperanza de salir puesto que no habría un más allá. Todo el drama está en este encarcelamiento. ¿Cómo se puede pedir -por otra parte- que un mundo enteramente reconstruido por nosotros según los esquemas abstractos de la razón humana tenga otro autor fuera de nosotros mismos? Seamos lógicos.

Así ha perdido el mundo toda posibilidad de hablarnos de Dios. Se ha tornado mudo. Por eso mismo se ha tornado profano. En tanto que nuestros antepasados se movían en un mundo poblado por genios malos y buenos, espíritus bienhechores o dañinos, dioses generosos o vengativos, el mundo en que vivimos está radicalmente desacralizado. Integrados en él, nosotros

mismos hemos perdido lo sagrado. Estamos laicizados junto con todo lo que nos rodea y el ambiente en que estamos sumergidos. Las cosas que tocamos, los seres con quienes alternamos, las verdades que alcanzamos, las bellezas que admiramos, los actos que realizamos, no tienen una resonancia infinita. Su eco se pierde en las profundidades del cosmos sin poder alcanzar más allá el conocimiento de una Persona amiga. Nuestros gritos de socorro, desde la prisión del universo, son los de ocupantes de un submarino tragado por el mar, o los de mineros encerrados por un desmoronamiento, o los de algún curioso perdido en las mazmorras de un castillo abandonado por sus dueños.

Pero, me diréis, la fe puede salvarnos restableciendo el orden. Gracias a ella, creo con energía inquebrantable, que Dios ha creado el mundo, lo gobierna y me oye. El universo, gracias a ella también, emerge de nuevo de las tinieblas y vuelve a tomar a mis ojos su sentido y su valor. Sobre la escena del mundo sembrado de ruinas, donde antes la luz no iluminaba más que un decorado abstracto, geométrico y glacial, de golpe se me ha presentado la maravilla de la naturaleza y el esplendor del hombre, con el sello de Dios marcando su obra con su nombre. Los salmos han vuelto a tomar su significado, la liturgia de la Iglesia ha reconquistado mi corazón, y mi vida cotidiana, en mi casa, en la calle y en todas partes, ha recobrado su carácter eterno y sagrado. ¡A nuestros contemporáneos, a quienes la ciencia privó del calor del cielo, devolvámosles el sol de la fe!

No soy yo, por supuesto, quien va a contradecir el poder que la fe ha recibido de lo Alto para transfigurar todo, y del cual la aurora nos ha dado a veces, después de horas de vigilia en que todo era triste y gris, la imagen esplendorosa. No hay duda alguna de que su luz tiene el don prodigioso de hacer desaparecer la noche de nuestro espíritu con las claridades del alba, antes de que el faz a faz eterno la haga desaparecer con la visibilidad que no tiene fin. Pero (pues hay un pero...) ¿cómo pensar que la fe mejor templada, en lucha con una oposición permanente, pueda subsistir? ¿Podríamos ver por mucho tiempo el mundo a lo cristiano, si éste siempre nos habla en lenguaje ateo y guarda un mutismo total respecto de Dios? El fideísmo es hijo del ateísmo, un niño bautizado en un medio descristianizado, un niño de primera comunión sin apoyo y sin porvenir. Por este motivo la Iglesia del siglo XIX combatió tanto para salvaguardar la capacidad del hombre para elevarse por su solo pensamiento desde las realidades sensibles hasta su autor invisible, capacidad negada a la vez por el racionalismo ateo y por el tradicionalismo fideísta. Fue en vano, por otra parte. Hubiera hecho falta a los teólogos, para ganar la batalla, un poco más de verdadero espíritu metafísico y mejor comprensión de los acontecimientos intelectuales que se desarrollaban bajo su mirada. El caso es que después de esos combates de retaguardia, hoy nos encontramos en presencia de un ateísmo invasor que nada puede detener y de un fideísmo en retroceso que nada podrá salvar. Las matemáticas han triunfado y, prendido en sus redes, el mundo que nos rodea es enteramente profano.

3. Un mundo en plena evolución

Posterior a las primeras conquistas de la ciencia y consecuencia de ellas, la idea de evolución, y lo que es más, de evolución progresiva, es uno de los factores determinantes del pensamiento moderno. En nuestros días se tiene generalmente fe absoluta en el progreso, sobre todo en el del conocimiento, pero también en el del amor entre los hombres y en el de la libertad interior. En realidad esto no es totalmente nuevo. Para convencerse basta con releer el texto elocuente de san Vicente de Lérins que cité hace tiempo (ver *La Socialisation de la foi en Forma Gregis*, nov. 1961, p. 147), texto que denota un sentido agudo del progreso de la inteligencia, al menos en el plano religioso. Sin embargo, sólo los éxitos obtenidos hace relativamente poco, por la abstracción matemática -a la cual no hay que atribuir únicamente males- han determinado una creencia ciega y casi universal en un progreso infalible y continuo de la humanidad en los tres dominios esenciales del pensamiento, de la justicia y de la autonomía personal. En plena evolución, el hombre tomó conciencia de que él también evoluciona, y, poco a poco, ha llegado a imaginar que igualmente todo ha venido evolucionando siempre. De donde la extraordinaria

idea que se impone hoy a muchos sabios, de un universo en expansión del cual somos el producto supremo, en perpetuo perfeccionamiento.

Tratemos de representarnos con ellos, la prodigiosa ascensión del ser, en la que creen. Comienza a partir de un núcleo primitivo de una enorme densidad, que estalla de pronto en medio del vacío original, en la onda de choque y el fuego de la primera explosión atómica. Inmediatamente, enormes galaxias se lanzan a través del espacio, donde se alejan unas de otras a velocidades fantásticas. Una de ellas, la vía láctea, lleva en su seno, entre millones de estrellas, ese granito de polvo en torno al cual giramos a respetuosa distancia y que llamamos sol. Hasta hace poco nos preguntábamos cómo pudo brotar la vida de la materia inerte. Ahora se ha obtenido la liberación de energías tan considerables que ya nada nos parece imposible. Habrán bastado presiones, inimaginables ayer, y que hoy se suponen existentes en el universo, para obrar la síntesis exigida por la aparición de los primeros organismos vivientes. En adelante el camino quedaba abierto para el ascenso de la creación hacia el hombre.

En medio de mil búsquedas, tanteos y peripecias, el conocimiento comenzó ante todo por surgir al nivel más bajo de la sensación, para elevarse poco a poco al grado más alto de la percepción animal y finalmente hasta la inteligencia humana: esto ocurría millares de siglos atrás. Luego esta inteligencia se desarrolló a su vez de modo maravilloso al forjar pacientemente los instrumentos de su progreso: vocabulario, escritura, imprenta, electrónica. Después de haber conquistado la tierra y emprendido su acondicionamiento según las necesidades del hombre, la inteligencia se está lanzando a la conquista y dominación del universo en que ha nacido y del que es el más hermoso fruto. ¿Quién podrá detener su impulso hacia el dominio absoluto del mundo? Sería necesario que se agotara alguna vez el dinamismo emanado de la primera explosión atómica. Por el contrario, reproduciéndola a su gusto, el espíritu humano ha aprendido recientemente a controlar el principio esencial de toda la evolución.

A la ascensión del conocimiento -y esto se olvida por demás- corresponde la ascensión del amor. Es menos conocida pero no menos real. Imaginémoslo lo que debió ser, después de su primera sensación, la primera emoción del primer animal: ¡Qué porvenir en este estremecimiento! Muy pronto, dos sensibilidades habrán vibrado en común, formando el primer acorde de la primera armonía y preparando las admirables efusiones de los animales superiores. Finalmente en ese decorado de ensueño inventado por la naturaleza en el curso de millares y millares de años luz, después de los minerales, la vida, la percepción y el pensamiento, con el hombre y la mujer brotaría en la tierra, en el seno del universo en expansión, el primer dúo de amor humano, la comunión de dos corazones vibrando al unísono. Desde entonces las cosas se han echado a perder, lo sé muy bien. Pero desde la barbarie primitiva hasta el espectáculo, a veces desalentador, de la ONU, no se puede negar que la humanidad ha progresado en su deseo de una armonía universal, en la que por fin tendría la alegría de sentirse en acorde perfecto como una orquesta monumental.

Paralela a la ascensión del conocimiento y a la ascensión del amor, veamos la ascensión de la libertad. A través del determinismo algo misterioso de las farándulas atómicas, el juego riguroso de los cuerpos químicos, la flexibilidad indefinida de las plantas, la independencia relativa de los animales, se va elaborando poco a poco, como a través de otros tantos esbozos, la libertad interior concedida por la naturaleza al hombre y a la mujer. Es verdad que esa libertad es concebida de manera muy diversa por unos y por otros. Volveremos sobre este punto. Pero ella es uno de los tres fines que todos nuestros contemporáneos fijan al progreso universal.

Ya veis cuáles son las grandes esperanzas del mundo actual. Sobrepasan infinitamente a la aspiradora, la heladera, y la máquina de lavar tan deseadas por toda mujer, y a la televisión, el automóvil y la máquina electrónica que fascinan al hombre. Hay una verdadera grandeza y una incontestable seducción en esta ascensión del ser en plena evolución. ¿Hasta dónde iremos en la realización del triple ideal admitido por todos? ¿Hasta dónde irá la humanidad por las vías del progreso? ¿Qué meta alcanzará el conocimiento, el amor, adónde llegará la libertad? Con el

progreso de la ciencia se vencerá la hostilidad de la naturaleza; con el progreso de la justicia, la brutalidad del hombre; con el progreso de la psicología, la obsesión del pecado. ¿Lo habéis advertido alguna vez? Hemos vuelto a encontrar la triple angustia a la que el género humano estaba inevitablemente destinado por su pecado original. Al miedo a la naturaleza oponemos hoy las esperanzas de la ciencia; al miedo al hombre oponemos hoy el contrapeso de las conquistas de la justicia; el miedo al pecado ha sido substituido por el éxito de la psicología.

“Pan, paz, libertad”, trilogía muy conocida. El marxismo asegurará el bienestar material a los rusos dentro de veinte años, triunfará sobre todos los flagelos de la naturaleza, abolirá la muerte. Esto es el nuevo pan de vida prometido a todos los humanos que quieran alistarse bajo la bandera soviética. El comunismo establecerá la paz en la sociedad, en los estados y entre los pueblos. Y hasta la misma guerra se ha tornado superflua, gracias al método imprevisto de la coexistencia pacífica, que los chinos no comprenden aún. En fin, el partido detenta el secreto de la libertad. Este tercero y último punto requiere algunas explicaciones.

Todos aspiramos a la libertad, pero París, Moscú o Washington la conciben de manera diferente. Para nuestros filósofos de Occidente la libertad es un efecto de la cultura. Al aumentar el potencial de conocimiento y de amor, escapamos a las presiones exteriores y aprendemos a comportarnos como adultos, con lucidez y libre voluntad. Pensemos especialmente en la liberación del pueblo y en la promoción de la mujer, procuradas mediante la enseñanza obligatoria cada vez más desarrollada en nuestros viejos países de Europa, y pensemos también en los esfuerzos que hace la UNESCO para propagar en otros lugares estos beneficios. Pero a los ojos de los pensadores más avanzados no se llega por ese camino a la libertad verdadera porque no conduce a la liberación de las angustias interiores. Por lo tanto hay que buscar otra cosa. Entonces se recurrirá a la psicología del inconsciente, al psicoanálisis y a todos los procedimientos por los cuales se nos puede hacer recuperar la paz restituyéndonos nuestro equilibrio personal. Seremos liberados de nuestros complejos y de nuestras ansiedades cuando hayamos sido devueltos a nuestras espontaneidades naturales. Pero aún esto parece insuficiente a los marxistas -y no sin razón- porque, abandonado a sí mismo, el hombre permanece en todo momento sujeto al error y en la imposibilidad de rescatarse. Por lo tanto urge encontrar otra salida. Y la ofrecerá la infalibilidad del partido. Gracias a la solidaridad con él y a una adhesión ciega a las decisiones de sus jefes, ya no es posible equivocarse, y si por desgracia se llegara a abandonar su línea, bastará una autocrítica inspirada por él para encontrar nuevamente la paz del corazón. La cosa no es tan necia como dicen algunos.

Después de la obra de desacralización llevada a buen término por las matemáticas, la operación de tranquilización realizada por el evolucionismo también está en vías de llegar a buen término.

Lo cierto es que en medio de las esperanzas suscitadas en las masas por el progreso, el miedo sigue siendo extremo y se va hacia la desilusión. El miedo a la bomba atómica, el miedo a la guerra y el miedo a la locura, símbolos de la destrucción causada por la naturaleza, por el hombre y por el pecado, contrapesan en el astil de la balanza humana la esperanza puesta en el dominio de la técnica, en la fraternidad universal y en la libertad interior. No hay de qué asombrarse: “Pero *Phylis*, cuando siempre se espera se desespera”. Y haríamos mal en reprochárselo a nuestros contemporáneos. Cristo mismo en el Huerto de los Olivos fue presa de la angustia aun cuando gozaba de la certeza de la visión beatífica, y su sudor era semejante a “gruesas gotas de sangre que llegaban hasta el suelo” (*Lc 22,44*). Sería escandaloso reprochar a otros aquello a lo que no quiso sustraerse el Señor y a lo que ninguno de nosotros podría sustraerse, aun cuando poseyera la más prodigiosa esperanza. Un cristiano no es un estoico. Pero no es menos cierto que la angustia oprime más o menos conscientemente a la mayoría de nuestros hermanos, hoy como ayer, a pesar de todos sus esfuerzos por liberarse de ella.

Con todo, sus esperanzas no son vanas. Al respecto me rebelo contra un cierto desprecio altivo de cuanto les es extraño, y que está demasiado extendido en algunos ambientes religiosos. Se tiene la impresión de que para ellos, todo lo que no proviene de sus oficinas sagradas carece de

valor y que todo lo que se concede a la naturaleza o al hombre, le es sustraído a Dios. Su perpetua acritud y su maniqueísmo inconfesado son necios y desastrosos. ¿Vivirán siempre en la mentira? ¿Tienen acaso miedo a la verdad? No se puede negar seriamente el progreso del pensamiento, de la justicia y de la libertad. Pero tampoco se lo puede afirmar, sin querer al mismo tiempo que sea verdad. O dicho de otro modo, es probable que no se tenga aprensión de tomar sus propios deseos por realidades y no se tomen en cuenta los indicios de la verdad. Y en este sentido, hay realmente un mito: entiéndase por mito una misteriosa y legendaria explicación del mundo en función de las aspiraciones del hombre.

Y nosotros pertenecemos a ese mundo habitado por el miedo, locamente embriagado por su evolución, y que se ha tornado profano a fuerza de abstracciones. En medio de ese mundo debemos poner en Cristo nuestra esperanza y a ese mundo debemos predicar la esperanza. De ese mundo se cuentan muchas cosas, verdaderas unas, falsas otras.

He dicho lo que me parecía esencial. Todo lo demás, a mi juicio, no es más que bordar sobre la tela común del pensamiento moderno. ¿De qué sirve ocuparse de los bordados desentendiéndose de la tela? Juzgaremos de su calidad muy pronto, cuando demos a Cristo la palabra después de haberla cedido a los hombres de nuestro tiempo.

II. FELICES LOS POBRES

En medio de las angustias, esperanzas y desilusiones del mundo ateo en que vivimos, ¿cuál es nuestra esperanza de cristianos del siglo XX? ¿Librarse del miedo recurriendo a Dios? ¿Asumir plenamente las pretensiones de nuestros contemporáneos? ¿Devolver la sacralidad a su universo profano? En último término, corresponde a cada uno de nosotros juzgar, bajo la mirada de Dios, en aquello que le concierne. Por eso no tengo la intención de emprender con vosotros ese examen de conciencia y hacer un diagnóstico general sobre nuestro estado de ánimo en el momento en que se está terminando, en medio de fuegos artificiales deslumbrantes y peligrosos, el segundo milenio después de la venida del Señor. Mi propósito es más modesto; consiste en ayudaros en cuanto me sea posible a comparar vuestros sentimientos y pensamientos con el ideal que Cristo ha venido a predicarnos y que continúa encarnando para nosotros. Debemos confrontarnos con las certezas, las promesas y las percepciones evangélicas para apreciar en qué estamos en cuanto a la liberación de nuestras angustias, la sublimación de nuestras esperanzas y la renovación de nuestras miradas.

¿Pero cómo situarnos a la vez con relación al Evangelio y al tiempo presente? Hemos hablado de los temores, las aspiraciones y las abstracciones de los hombres de hoy. Nos es necesario ahora, tratar de comprenderlas y de vivirlas como cristianos, con esperanza, confianza e inteligencia. Ahora bien, lo que nos ofrece hoy en día las mayores dificultades es, a mi juicio, ante todo, la pobreza, contraria a todo el esfuerzo de la vida moderna y colocada por Cristo en primer lugar entre las bienaventuranzas. Por eso, quisiera que intentásemos encarar su misterio antes de examinar cualquier otro elemento del problema. Hay sin duda un estado de pobreza bendecido por Dios. Empezaremos por tratar de comprender a fondo por qué. Luego nos preguntaremos cómo vivir en ese estado en el ambiente en el que cada vez nos sumergimos más. E iremos viendo hasta qué punto podemos, mediante la pobreza, librarnos del miedo.

1. El estado de pobreza

Cuando Cristo inaugura en Galilea su ministerio entre las muchedumbres, comienza por proclamar dichosos a los “condenados” de la tierra: Bienaventurados los pobres, bienaventurados los hambrientos, los afligidos, los perseguidos (*Lc* 6,20-23; *Mt* 5,3-12). Anuncia en cambio la desgracia a los privilegiados de este mundo, a los ricos, a los hartos, a los que ríen, a los intachables. Imposible imaginar un vuelco más completo de las situaciones

adquiridas. Quiso sin duda inspirar temor a los grandes de este mundo y liberar del miedo a los pequeños, atemorizar a todos los que se creen seguros y tranquilizar a los que se sienten oprimidos.

Un antiguo canto mesiánico había ya predicho ese futuro cambio de suerte (*Is 2,4-7*):

“Los arcos de los fuertes se han quebrado,
los que tambalean se ciñen de fuerza,
los hartos se contratan por pan,
los hambrientos dejan su trabajo.
La estéril da a luz siete veces,
la de muchos hijos se marchita.
Yahvé da muerte y vida,
hace bajar al *sheol* y retornar.
Yahvé enriquece y despoja,
abate y ensalza”.

María, en su *Magnificat*, también había cantado ese brusco viraje, mas presentándolo como un hecho consumado (*Lc 1,52-53*):

“Derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes.
A los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos”.

En general, los ricos no han querido admitir las advertencias que les fueron dirigidas. Sólo les interesaron los consuelos ofrecidos a los desdichados para calmarlos en sus reivindicaciones y rebeldías. En cuanto a los pobres, retuvieron sobre todo las maldiciones dirigidas contra los poderosos de este mundo, mientras, por otra parte, no deseaban otra cosa que ocupar cuanto antes el lugar de aquéllos. Raras veces tomaron en cuenta las bendiciones que les eran prodigadas, a no ser para indignarse de que Cristo hubiese podido alabar su suerte. ¡Hombres de poca fe! Unos se han refugiado en su seguridad, otros en su envidia, en vez de tomar a la letra al Señor con sus promesas y amenazas. Unos no comprendieron hasta qué punto su situación era precaria, los otros, que Dios se encargaba de ellos en todos los planos, siempre que lo aceptaran. ¡Pero tenían que aceptarlo!

Comencemos por los privilegiados de toda clase, instalados en sus seguridades: 1º) seguridad material de quienes están bien alimentados, bien vestidos, bien alojados, bien pagos, bien provistos de garantías, bien asegurados; 2º) seguridad física de los robustos, los muchachos apuestos y las lindas chicas, los que gozan de buena salud, los que están bien cuidados, los que se conservan bien, los equilibrados; 3º) seguridad afectiva de los que se sienten amados, bien tratados, mimados, colmados, halagados, alabados; 4º) seguridad intelectual de los bien dotados, los cultos, los que piensan bien, los hombres de ciencia y los técnicos, los diplomados, los académicos; 5º) seguridad personal de todos aquellos cuya independencia y libertad están garantizadas por su situación, su fortuna y su ambiente; 6º) seguridad moral de los honrados, universalmente respetados y que nada tienen que reprocharse ni ante la sociedad ni en la intimidad; 7º) seguridad religiosa, en fin, de los que “piensan bien” y que cumpliendo cuidadosamente con sus deberes para con Dios, tienen ya en su bolsillo un pasaje pago para el paraíso.

La radio repite a todos los vientos, como propaganda de un combustible de moda, este estribillo que hoy podría ser cantado a coro por todos los que venden felicidad, desde el almacenero hasta el cura:

“Sed de vuestro tiempo:

Vivid confortablemente
con toda seguridad”.

El bienestar, en todas sus formas, material, físico, afectivo, intelectual, personal, moral o religioso, no basta ya. Es necesario añadirle, la permanencia para establecerse en la seguridad. Con ella por fin se tiene todo cuanto es posible desear aquí abajo: se tiene asegurado el presente y el futuro. Se desconoce el miedo. Y, ni en lo inmediato, ni en un futuro previsible, se tiene ya necesidad de Dios. Lo peor es que todas esas seguridades se encuentren reunidas. El rico que goza de buena salud, feliz en su matrimonio y satisfecho de su cultura, independiente en su profesión, perfectamente honesto y que, para colmo, piensa bien... ¿qué más queréis que espere?

Y pronto se dejan sentir las consecuencias. ¿Cómo no creará que todo le es debido en justicia? No tiene ningún sentido de la gratuidad de los dones que se le hacen. Los posee como propietario eterno y se adormece mirando su vida, como contemplaba Dios por la tarde sus obras para constatar que todo era bueno. Si otros se ven privados de esos tesoros, suya es la culpa: son perezosos, torpes, desagradables, insensatos, deshonestos o incrédulos. Él no es de su raza. Tiene otra esencia y otro origen. Él es rico y justo, y por sus méritos y sus cualidades, bendecido por Dios; ellos, en cambio, son castigados -claro está- por su necedad y por su deficiencia. No tiene ya hacia ellos el menor impulso de solidaridad humana o religiosa. Está en la cumbre del fariseísmo, realización última de las falsas seguridades.

¿Hay algo que nos prohíba pensar que el mal que describimos sea forzosamente extraño al mundo eclesiástico y religioso? ¿Que en algunas comunidades, los miembros se sientan, en todos los aspectos, demasiado seguros? ¿Que a veces se propone a los novicios una vida rodeada de garantías excesivas?

Pero abandonemos a su locura al rico obtuso que ha vencido el miedo, que cree haber vencido el miedo. El miedo, por el contrario es la suerte del pobre, entendiéndolo por pobre todo aquel a quien le falta un bien esencial a su integridad humana: 1º) un bien exterior: alimento, vestido, alojamiento, salario, ahorros o seguros, como sucede a la mayor parte de la gente en los países subdesarrollados y al proletariado agrícola o industrial de las naciones insuficientemente equipadas; 2º) la salud, física o psíquica, con todo lo necesario para salvaguardarla y mantenerla, restablecerla y consolidarla: pensemos en el mundo siempre en aumento de enfermos e inválidos; 3º) el mínimo de amor: pienso en particular en los niños abandonados, en los ancianos aislados, en los esposos traicionados; pero también en tantos muchachos y muchachas, hombres y mujeres privados del justo afecto al cual tienen derecho, cuando no son objeto de burla o de persecución; 4º) el mínimo de cultura: se sabe que los ignorantes son legión, la gente inculta innumerable y los analfabetos, mayoría, y eso en una época en que se da la vuelta al mundo en ochenta minutos con medios prodigiosos; 5º) la libertad: ¡cuántos prisioneros en las cárceles y en los campos, cuántos oprimidos en los hogares y en las ciudades, en las sociedades y en las naciones! La independencia es rara y la verdadera autonomía excepcional; 6º) un poco siquiera de vida espiritual, y mi mirada recorre todos los mundos sin alma: el de los desdichados embrutecidos por el alcohol, por el trabajo, el de las prostitutas y el de los esclavos, el de los traficantes, el de los negociantes ¡qué sé yo!; 7º) por fin, Dios, ausente para los incrédulos y los pecadores.

La pobreza está a la vista de todos. Nadie puede ignorarla a menos que su mirada esté enturbiada por el orgullo. No he enumerado aún todas las impotencias que padecen, en secreto, corazones ávidos de felicidad, o inquietos por el deseo de prodigar en torno suyo esta felicidad: impotencias materiales, físicas, afectivas, intelectuales, sociales, morales o religiosas, que encadenan y torturan. Vivimos en un mundo indigente, en un mundo humillado. La miseria humana es inmensa, aplastante, infinita. Conocemos su causa y conocemos su efecto: el pecado que la ha introducido entre nosotros y el miedo que ha sido su consecuencia inmediata. Pero... el Señor pretende que la pobreza es fecunda y no estéril, contrariamente a lo que se piensa de ordinario. En lugar de ver en ella un obstáculo para el Reino, la convierte en una espera, un

llamado y hasta un acercamiento remoto, a la Redención. ¡Qué asombro, tanto para el pobre como para el rico! ¡Hasta el teólogo queda sorprendido! ¿Será un obstáculo o una espera, un llamado o un acercamiento? En el fondo, todo depende de la manera como se la vive; si en la rebeldía o en la aceptación, en la simple aceptación o con el corazón lleno de esperanza.

A primera vista no se entiende cómo podría el rebelde estar abierto a la gracia. Por el contrario, parecería estar tan enteramente cerrado a ella como el mal rico o como el fariseo harto y satisfecho. Acusa a gritos a Dios, a la naturaleza y a la sociedad de injusticia para con él. Se fija en todos los dones que le faltan y no percibe la absoluta gratuidad de los que ha recibido. Se repliega sobre sí mismo o se ensaña en arrastrar a los demás con él a la rebelión. ¿Cómo encontrar en él una apertura a la misericordia y al perdón? Sin embargo, en medio de su indignación, le queda todavía el sentimiento de que en el mundo algo está deteriorado. Está convencido de ello. Y se subleva. Acaso este amor por un orden armonioso, al cual se siente destinado y del cual se siente injustamente excluido, ¿no es ya una espera ignorada por el egoísta envuelto en seguridades? ¡Bienaventurados los pobres, los hambrientos, los afligidos y los perseguidos!

La aceptación transforma ciertamente la pobreza en un llamado. Ya no es el caso de acusar a nadie. Recibimos lo que tenemos, en cualquier plano, con gratitud, viendo en ello un don al que nada justifica. Todo cambia de inmediato cuando, cada mañana, sabemos alegrarnos por la aurora y por el pan que se nos da, por el don de la vida, por un gesto amistoso o por una idea acertada. Podemos experimentar tal alegría en la miseria, en un lecho de enfermo, en la soledad, en una prisión, en la ignorancia y hasta lejos de Dios... ¡pero hay que tener un alma! ¡Y qué cerca nos sentimos entonces de todos nuestros compañeros de miseria! Nos vemos tal cual somos: pobres y ricos a la vez, solitarios y solidarios, disponibles a la gracia al estar abiertos al Otro, dondequiera que esté y venga de donde viniere. ¡Bienaventurados los pobres, los hambrientos, los afligidos y los perseguidos!

La esperanza es mucho más aún, Representa un paso hacia algo; para el incrédulo, un paso hacia un socorro cuya procedencia ignora, para el creyente, un paso hacia la salvación de Dios. Al comienzo, es un acercamiento remoto pero real, y pronto, si persiste, si se amplifica, un rápido acceso a la misericordia. Evidentemente es necesario que se espere en otro y no en sí mismo. Pero, si esa esperanza existe, podemos pensar que uno se encamina efectivamente hacia el Señor bajo el impulso de su espíritu. Y ya no solamente tenemos conciencia de que no todo va a las mil maravillas en el mejor de los mundos, ya no solamente soportamos los golpes o acogemos los beneficios misteriosos del destino; sino que creemos que todo esto no puede durar siempre sin una intervención que lo transformará. Esto es grandioso. ¡Bienaventurados los pobres, los hambrientos, los afligidos y los perseguidos!

Todos tienen miedo, todos siguen teniendo miedo como Adán cuando, después de su pecado, cayó en la cuenta de que había perdido su autoridad sobre el universo, su armonía con los demás y su dignidad de hijo de Dios. Todos tienen miedo, todos siguen teniendo miedo, ya se rebelen, acepten o esperen, ya estén aguardando, clamando o acercándose. ¡Ah! ¡Si pudiesen conocer, si pudiesen comprender que por fin una voz amiga, un Padre poderoso y amante ha respondido a su angustia! Ateos, creyentes o cristianos -todos en el mismo plano-, pues son muy raros entre los creyentes y entre los cristianos los que han traspasado el umbral inicial de la rebelión o de la aceptación o de la esperanza humana para lanzarse en los brazos del Padre. Se quedan en el umbral sin querer creer o sin atreverse a creer, de una vez para siempre, que en su miedo y en su pobreza Dios les proponía tomarlos a su cargo y a sus expensas, como un Padre. No lo saben. No lo comprenden. Desconocen al Buen Samaritano. Pero por lo menos son accesibles, disponibles, tal vez inician ya la marcha, todo lo contrario del mal rico y del fariseo satisfecho rodeado de seguridades. ¡Bienaventurados los pobres, los hambrientos, los afligidos y los perseguidos!

Hasta ahora nos hemos detenido solamente en las condiciones psicológicas en las que frente a la

salvación, nos coloca una indignancia universal o limitada. Sin embargo, y esto es lo más notable, existe un cierto estado de pobreza tan total que es teológicamente favorable a la salvación. El fondo de la miseria humana atrae irresistiblemente la eterna misericordia y la provoca a verdaderas locuras. Se tiene realmente la impresión de que se trata de una ley del ser, una exigencia interna del amor de Dios que no puede ser de otro modo. Si el agua se precipita necesariamente dentro de un recipiente vacío, es normal también que la bondad divina tenga una propensión invencible a colmar con sus beneficios a las más desheredadas de entre las creaturas. Es verdad que hay que respetar la libertad de Dios frente a sus obras y sobre todo frente al hombre, envuelto en la miseria únicamente por su culpa. De ningún modo querría yo negar esa independencia absoluta del Padre con respecto a nosotros. Nada lo obliga, nada lo constriñe. ¡Pero sabemos cuánto han insistido los teólogos en decir que la naturaleza tiene horror al vacío! Y todos conocemos el admirable llamado del levita desterrado donde se repite el estribillo:

“¿Por qué te acongojas, alma mía?
¿Por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
Salud de mi rostro, Dios mío”.

(Sal 42)

y la estrofa incomparable que todo lo expresa:

“Una sima grita a otra sima.
con voz de cascadas,
tus torrentes y tus olas
me han arrollado”.

(Sal 42)

Una sima grita a otra sima: Aquí estamos en un plano totalmente diferente, del de la psicología humana, estamos a nivel de la metafísica y de la teología, en el plano de la psicología divina y de la fe. Tocamos las estructuras misteriosas del Ser infinito, mucho más allá de las reacciones de nuestro espíritu.

No sabría sino recomendar a este propósito, el hermosísimo artículo *Un Dieu qui choisit* del P. Barthélemy, op, en la *Vie Spirituelle* (T. 106, enero 1962, pp. 20-39) sobre la vocación de Israel en Egipto. Israel se encuentra en el fondo del abismo. Ningún pueblo había alcanzado antes un aniquilamiento similar, ni había sido entregado a una exterminación tan radical. Para llegar a semejantes grado de opresión, fue necesario que existiese un imperio extremadamente refinado, entregado a la más anónima burocracia y dominando sobre el verdadero desecho de la humanidad al que explotaba y hasta podía exterminar con fines políticos y militares. No se había dado jamás hasta entonces semejante concurso de circunstancias. Después de las deportaciones del nazismo, la situación de los hijos de Jacob en la tierra de los Faraones nos resulta por desgracia, fácilmente inteligible; y sin embargo nos resulta difícil alcanzar a comprender hoy -ya que no fue el caso bajo el nazismo- a qué estado de envilecimiento espiritual habían llegado en Egipto los hebreos: embrutecidos por la abyección y el sufrimiento, privados de toda reacción se habían hundido en su decadencia, fuera de las bienaventuranzas. Y es ese el abismo que Dios ha querido colmar con las riquezas de su gloria. Hará lo mismo, quince siglos más tarde, cuando vaya en busca de los famosos estibadores de Corinto (*I Co* 1,27-29):

“Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo,
para confundir a los sabios.
Y ha escogido Dios a lo débil del mundo,
para confundir a los fuertes,
lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios,
lo que no es, para reducir a la nada lo que es.
Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios”.

Tal vez hoy rija la misma ley. ¿Acaso los publicanos y las prostitutas no nos preceden en el Reino de Dios? (*Mt* 21,31). Vemos al Señor inclinarse con una ternura infinita sobre personas para quienes “los-que-piensen-bien” no reservan a menudo más que desdén, y lo vemos conceder a esas almas una luz impresionante y colmarlos irresistiblemente con su Eucaristía. “A mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre” (*Hch* 10,28), exclamaba ya en su tiempo san Pedro, en Cesarea. ¡Tanto peor para los moralistas! ¡Dios quiera que al fin comprendan -y así serán salvos- que lo esencial para nosotros es confiarnos a nuestro Padre, sobrevolando el temor en que se empeñan en sumergirnos, y las falsas seguridades que enseñan!

2. Vivir como pobres

Dios se inclina con amor sobre el pobre y le envía los ministros de su misericordia. (En el artículo que señalé más arriba, se encontrarán algunas páginas referentes a Moisés, en las que se enfoca su vocación bajo ese aspecto). Esos mensajeros tuvieron siempre acceso, de una manera o de otra, a los bienes de este mundo y de repente se sintieron solidarios de sus hermanos desamparados. Entonces, obsesionados por su miseria no tienen otro pensamiento que el deliberarlos de ella. Pero, no obstante, nada podrán mientras no hayan hecho la experiencia de su propia y total impotencia, mientras no hayan puesto solo en Dios su esperanza y comenzado a obrar solamente en su nombre. Es necesario, en resumen, que ante todo acepten verdadera, sincera y profundamente vivir en estado de pobreza. Entonces, Dios se hace cargo de ellos con su poder infinito y sin preocuparse ya -al parecer- de las leyes naturales, se sirve de ellos con eficacia soberana. No otra cosa es lo que san Pablo escribe a los filipenses: “Tened vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo” (*Flp* 2,5) y que tan bien describe allí mismo (*Flp* 2,6-11):

“El cual, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente
el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo
tornando condición de siervo,
haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su conducta como hombre;
y se humilló a sí mismo,
obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios lo exaltó
y le otorgó el nombre,
que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo es el SEÑOR
para gloria de Dios Padre”.

Eso es la pobreza: al menos para aquellos que van al encuentro de los pobres. Creo que no es necesario insistir. Sin embargo, cuando meditamos sobre este anonadamiento de Cristo, no olvidemos su extraordinaria identificación con los pobres en la profecía del juicio final: con los hambrientos, los sedientos, los desamparados, los desnudos, los enfermos y los prisioneros (*Mt* 25,31-46). Pensemos también en el pasaje en que el autor de la epístola a los Hebreos (*Hb* 5,7-9) muestra, a su vez, a Jesús que siendo Hijo, en su agonía llegó hasta lo más hondo de la miseria humana, y aprendió, por experiencia, a arrojarle en los brazos de su Padre tornándose así el salvador de cuantos lo siguen.

Vivir en estado de pobreza, es encomendarse a Dios y solo a Dios, en sus necesidades físicas, en busca de protección y para ser liberado del pecado. Y por esto mismo, escapar tanto al miedo del mundo como al miedo del hombre, y al miedo de sí mismo, a la triple y terrible angustia a la que está abocada la humanidad desde el pecado original. ¿Hemos comprendido de veras que la solución está allí, que se trata ante todo de un abandono total, milagroso, a la Paternidad divina, al Amor eterno? El Evangelio entero no enseña otra cosa. Felices los pobres, felices los hambrientos, felices los afligidos y los perseguidos: los pobres de toda clase, aplastados por la vida (los hambrientos), oprimidos por sus hermanos (los perseguidos), los que a sí mismos se atormentan (los afligidos), todos los que se abandonan a Dios para que Él, como mejor le parezca, los libre de la fosa en que han caído de grado o por fuerza, junto con este mundo de perdición. ¿Lo creemos de verdad? ¿Creemos realmente, sin titubeo alguno, que la despreocupación por los bienes temporales, la indiferencia frente a los vejámenes humanos y la paz en la confesión de las propias flaquezas por un abandono sin límites a la Providencia, al Poder y a la Benevolencia infinitas del Padre, es para nosotros el camino de la felicidad absoluta y la condición de todo apostolado?

Esto es sin embargo lo que Cristo enseña de la manera más patente. Ya en el sermón de la montaña suplica a sus oyentes que permitan al Señor tomarlos a su cargo en todo lo temporal y que no se preocupen por nada. No os inquietéis ni por la comida, ni por el vestido, ni por el presente, ni por el día de mañana, ni por el porvenir. El Padre está al tanto de vuestras necesidades. Se ocupa de ellas como de los pájaros del cielo y de los lirios de los campos, cuando os confiáis a su providencia. ¡Tened fe en Él! Salomón en los días de mayor esplendor no se alimentó ni se vistió como seréis alimentados y vestidos vosotros.

Un poco después, dirigiéndose a los Apóstoles, Jesús vuelve al tema, pasando de las necesidades físicas a los insultos que hay que soportar. Desconfiad de ellos -les dice- pero no los temáis. Tampoco debéis inquietaros cuando tengáis que responder o transmitir el mensaje o dar testimonio. El Espíritu de vuestro Padre intervendrá en el momento oportuno. Y si os persiguen, pasad de un lugar a otro sin preocuparos de vuestros perseguidores. Aunque os quiten la vida, vuestra alma es inmortal y Dios está con vosotros. Vuestros cabellos están contados. Ni uno solo caerá sin que lo sepa el Señor (*Mt 10,17-36*).

Por fin, la parábola del fariseo y del publicano nos hace dar un paso más. También en cuanto a vuestros pecados, tened confianza en Dios, Dios perdona con alegría a quien recurre a su misericordia. Basta con postrarse a sus pies con el corazón contrito y humillado, inclinar la cabeza y arrepentirse para que Dios se conmueva, y bondadoso, os levante. Humillaos y seréis salvos. No se acude en vano a su piedad. Seréis justificados de vuestras faltas, librados de vuestras deudas, devueltos a su afecto paterno porque habéis solicitado con fe la remisión de vuestros pecados (*Lc 18,9-14*).

Vivir en estado de pobreza es esto y sólo esto: creer en la Paternidad de Dios hasta abandonarse a su cuidado sin reservas: para el propio sustento, para la propia defensa, y, para la paz del alma. En una palabra, es creer en el Amor, en el Amor del Padre y entregarse a Él hasta el perfecto amor que excluye toda preocupación y aleja todo temor (*1 Jn 4,18*). En el fondo, nada más simple. Se trata solamente de aceptar que Dios nos tome a su cargo en todos los planos. Y al punto uno queda liberado de todas las angustias, secuelas del pecado. ¡Maravilloso! ¡Qué seguridad total, que en nada se asemeja a aquella con que el rico pretende ponerse al abrigo de todos los peligros que acechan al pobre! Para los ahitos que no se inquietan por su salud, para los que ríen y a quienes nadie osaría amenazar, para el “hombre honrado” cuya conciencia nada le reprocha, tal idea parece incomprensible y hasta escandalosa. Cuando uno puede arreglarse solo, ganarse la vida con su propio trabajo, protegerse de los demás por su propia industria y cumplir sus deberes con exactitud, esperar el auxilio de lo Alto es jugar con la naturaleza y tentar al Señor. Pero justamente, el mundo fue creado así antes de la caída y tornará a ser así. En realidad, Dios nos abre el acceso al verdadero más allá del miedo, a un estado anterior a él, a un

mundo paradisíaco. ¿No es esto lo que sucede cuando el Padre interviene asombrosamente en favor de sus santos? *Ecce nova facio omnia!* “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). Cuando se cree en el Amor ya se realizó esta afirmación del Señor.

La pobreza tal como la acabamos de evocar no deja de plantear delicados problemas. ¿Es absolutamente necesario haber conocido el miedo para lanzarse realmente en los brazos del Señor? Muchos religiosos no han tenido -antes de entrar al convento- más que temores infantiles, las nanas de la infancia, los sustos consiguientes a las diabluras o las reprimendas por faltar a los usos familiares. En el postulando y en el noviciado, por lo general no han tenido ocasión de experimentar verdaderas angustias ni en el alma ni en el cuerpo. ¡Todo está tan bien previsto, tan bien regulado para asegurar lo material y lo moral! ¿Qué podría turbarlos? Por lo general, no podrán carecer de lo esencial a no ser por una privación facticia y pasajera. Por lo común, la persecución se limitará a alfilerazos involuntarios o hábilmente imaginados. Tampoco sentirán su impotencia interior a no ser en minúsculas infracciones a prescripciones minuciosas. Debemos confesar que cuanto se invente para sacudir su embotamiento será muy superficial. ¿En esas condiciones, se les podrá presentar la salvación como un bien prodigioso? ¿Comprenderán estos religiosos que la misericordia infinita del Señor los rescata del abismo en el momento en que van a ser sumergidos por las olas? ¿Cómo extrañarse de su infantilismo? Me temo que Dios sea para ellos sólo un anciano abuelo, y Cristo, un tierno esposo; ambos forjados a la medida de sus miedos infantiles.

¿Qué hacer, entonces? ¿Hacerlos padecer hambre, perseguirlos, atormentarlos artificialmente? Esos métodos que estuvieron muy en boga y que actualmente se practican en algunos noviciados, son tan repugnantes como poco eficaces. Repugnantes, porque manifiestan en los superiores un sadismo evidente y corren el riesgo de provocar en los inferiores un cierto masoquismo. Poco eficaces, porque el artificio es demasiado burdo para engañar a las almas nobles y solo puede provocar disgusto por la vida religiosa. Es verdad que Dios también emplea esos procedimientos: en las parábolas, con Gomer, la esposa insensata de Oseas, o con el hijo pródigo; en la realidad, con su pueblo y con sus santos. ¡Pero no somos Dios! Lo que Él hace nada tiene de artificial porque nos abandona efectivamente a los flagelos de la naturaleza, a la maldad humana, a nuestras propias debilidades para que nosotros nos abandonemos a Él. En cambio lo nuestro siempre será más o menos grotesco. Además, ¿qué se les enseñará a los novicios? ¿La confianza en Dios o la adulación a los superiores, a los superiores que manejan el dinero, que pueden poner término a los inconvenientes, que soberanamente deciden cuáles cosas les obligan en conciencia?

Así pues, hay que ser verdaderamente pobres, No es cuestión de indigencia. Es necesario que los jóvenes estén bien alimentados, bien cuidados y bien tratados; que sean instruidos y adultos, virtuosos y sobrenaturales al máximo para desarrollarse en la vida religiosa e irradiar en torno suyo. Eso exige un caudal cada vez más abundante de recursos materiales y espirituales, un cierto nivel de vida por debajo del cual sería peligroso descender. No se trata pues, salvo el caso de vocaciones excepcionales, de representar el papel de un Benito Labre o de pasar por inútiles para dar más relieve al poder infinito de Dios. Lo que importa ante todo, es no retener nada propio ni rodearse de falsas seguridades.

Sé que se emplean mil industrias para abolir en los religiosos el espíritu de propiedad. No tengo la impresión de que siempre se lo logre, pues veo el orgullo con que a veces se ostentan los edificios, los jardines o los terrenos de la comunidad; la rapacidad que se manifiesta en ocasión de transacciones comerciales, la voluntad de dominio con la que se ejerce en general la mínima autoridad y la manera como muchos religiosos se aferran desesperadamente a sus cargos. Y después de esto, ya se puede hablar de “nuestro” cepillo de dientes o de “nuestro” pañuelo, utilizar sobres usados, disimular la ascendencia de familia, o los títulos, arrodillarse ante los superiores o darse el apelativo de “Hermanitos” o “Hermanitas”; eso no engaña a nadie, a lo sumo es engañarse a sí mismo.

Estar enteramente desprendido de todo, no es hacer teatro con la pobreza o con la humildad (actualmente hay que ser adulto frente a un mundo que ha alcanzado la madurez, para poder dar un testimonio inteligible del Señor); es abismarse, por el espíritu, en la verdad del Padre permaneciendo libre frente a todos los valores y a todos los honores de este mundo. Estar enteramente desprendido de todo, no quiere decir despojarse de lo que sea útil para el fin que se persigue (necesitamos hoy locales suficientes y múltiples instrumentos para subsistir y para trabajar): es utilizar todo como perteneciente a la Iglesia y no a nosotros, al género humano en vías de regeneración y no al operario empleado por Dios para cooperar a ese fin. Estar enteramente desprendido de todo no significa huir de las responsabilidades; es cumplir los cargos en nombre del Señor, sin confundirse con Él; es delegar gustosamente sus poderes y, cuando llega el momento, retirarse sin mirar hacia atrás. Estar enteramente desprendido de todo es servirse de todo sin escrúpulos y servir con magnanimidad en el lugar que se ocupa, teniéndolo todo y no poseyendo nada. Estar desprendido de todo es saber que todo es nuestro en Jesucristo por los lazos de la caridad, que obramos en nombre de todos y que todos obran en nuestro nombre. ¡Esto es lo que se ha de enseñar a los novicios en vez de tornarlos infantiles!

Hay que enseñarles también a buscar su seguridad solo en el Padre. Evitar todo lo que podría conducirlos a confiar excesivamente en los demás o en sí mismos en cualquier orden de cosas. Claro está que no se trata de llevarlos, mediante toda clase de fracasos, a desconfiar de todo el mundo y de todo lo que hacen. Hay que entrenarlos más bien para que aprendan a establecer en la Providencia su seguridad presente y su confianza para el futuro, por encima de todos los intermediarios que ella emplea. Para eso, en primer lugar hay que enseñarles a ver la acción de Dios en todo. Ya sé que esto se hace muy bien, demasiado bien tal vez, hasta el punto de que muchos religiosos pierden completamente el sentido de las causas segundas. También en esto se ha reemplazado en los noviciados la realidad por el Papá Noel. Nada ocurre en la tierra sin que el Señor lo quiera o lo permita. Pero el Señor obra en el corazón de los seres, haciendo uso de su naturaleza y de su actividad. No olvidemos pues a las creaturas que Él utiliza para colmar nuestros deseos. Más no pongamos nuestra esperanza en ellas sino en Dios que obra por ellas.

Hay que andar vigilantes para impedir que los religiosos acumulen garantías humanas como si su Padre, con su poder infinito, fuese incapaz de proveer a su seguridad en todo y en el momento oportuno. Ha prometido hacerlo con la condición de que nos preocupemos esencialmente de su gloria y de la salvación de las almas y no de la gloria de nuestro Instituto y de la salvación de nuestras obras. Cuando se cumple fielmente su propia tarea, trabajando por el Reino con los medios de que se dispone, se puede estar seguro de que Dios alimentará material y espiritualmente. Pero con demasiada frecuencia no lo creemos así. Si los formadores enseñan a los jóvenes el desprendimiento y la confianza en la Providencia, entonces no es menester inquietarse por averiguar si alguna vez el temor o el miedo los derribó como a san Pablo camino de Damasco. Dios es bastante grande como para suscitar en el corazón de un niño un don de adulto, que ilumine sobrenaturalmente su espíritu. Pero es indispensable que tenga el corazón realmente libre y el espíritu verdaderamente abierto. No sofoquemos, pues, a las almas con prácticas e ideas infantiles. Eso es lo que quiero decir.

La pobreza, a mi entender, presenta muchos otros interrogantes. Por ejemplo estos dos: no hay duda de que cuanto más se adelanta en la pobreza el desprendimiento es mayor. ¿Pero será verdad, sin embargo, que cuanto más se adelanta tanto menos se siente el desprendimiento? Por otra parte, cada uno debe encontrar su equilibrio individual en el uso y por consiguiente en la posesión de los bienes creados. ¿Hay que buscar también, en el interior de la Iglesia un cierto equilibrio colectivo en ese punto? ¡Felices los pobres, los hambrientos, los afligidos, los perseguidos! Sí, pero no vayamos a creer que se pueda llegar a esa felicidad sin antes compartir la agonía de Cristo, y que pueda ser encarada fuera de su Cuerpo místico como a menudo se cree.

III. JESUCRISTO, NUESTRA ESPERANZA

Vivimos en un mundo en ascenso que debe a Dios, su Creador, su ascensión hacia la vida; en un mundo angustiado, que debe su miedo congénito a sus primeros padres; en un mundo ateo, que debe su desacralización al juego de sus pensamientos. Ascendente, el mundo siempre lo fue, pero recién ahora ha tomado conciencia de ello, con evidencia fulgurante. Angustiado, lo está desde el pecado original, que lo sometió a los flagelos naturales, a la brutalidad humana y a los tormentos interiores. Ateo, se ha vuelto recientemente, por el desarrollo cada vez más intenso de la abstracción matemática. Hay que tener siempre presente estos tres datos fundamentales de la coyuntura en que nos encontramos, para seguir siendo un cristiano lúcido y un apóstol eficaz.

Ahora bien, al perder el sentido de Dios en el momento mismo en que por fin se sabía comprometido en un progreso irreversible y podía rodearse de todas las seguridades materiales, sociales y psicológicas, el hombre actual se condenó en última instancia al aburguesamiento o a la angustia metafísica. O se instala en un confort técnico admirablemente organizado, expulsando de su corazón toda esperanza de supervivencia personal, y entonces se siente condenado en la tierra. O bien tiembla sin cesar con una angustia intolerable en medio de los fenómenos en que se ha encastillado -según cree- para siempre, y entonces se encuentra en un verdadero infierno. Pero tal vez esto le signifique una buena oportunidad.

Obsesionados por la situación trágica en que el mundo se debate en torno nuestro, hemos acudido directamente al Evangelio y hemos tomado al vuelo las primeras palabras del Sermón de la montaña. ¡Felices los pobres, los hambrientos, los afligidos y los perseguidos! Pero abandonarse en el Padre con una fe ciega en su poder y bondad es sólo el primer paso en el camino de la salvación, un salto hacia lo desconocido. Hay que proseguir el camino, hundirse más y más en las profundidades del misterio. Entonces Cristo se nos descubre como quien realiza todas las esperanzas del mundo y nos da acceso a lo más inesperado de todas nuestras esperanzas. La vida eterna, a la que tendemos con todas nuestras fuerzas, es lo que querría considerar ahora, enfocándola como la suprema realización de toda la creación ya que ella es precisamente el fin de la creación. Pero ¿gozar de Dios cara a cara en un abrazo sin fin es realmente todo cuanto aguardamos? Creemos también que el universo en que hemos nacido y al que no cesamos de pertenecer, será un día transformado radicalmente, gracias al retorno glorioso de Cristo, y que los deseos más terrenales del cosmos y de la humanidad serán maravillosamente saciados. Dividimos por esto nuestras reflexiones en dos partes: la primera lleva como título *Un mundo en ascenso hacia Dios*; la segunda, *Un mundo nuevamente sagrado*.

1. Un mundo en ascenso hacia Dios

Todos nuestros contemporáneos creen de una manera más o menos consciente en el progreso universal, en el de la ciencia y de la técnica, en el de la concordia y de la paz, en el de la independencia individual y colectiva. Todos, con excepción de unos pocos rezagados, encerrados en una negativa estéril frente a todo lo que seduce a las masas y modifica nuestros hábitos de pensamiento o nuestros medios de acción. ¡Si unos y otros conocieran el don de Dios! ¡Si supieran que Dios ha querido prolongar la ascensión del ser más allá de los límites naturales del cosmos! Y no sólo hasta la vida del espíritu poniendo el psiquismo animal al servicio del pensamiento, del amor y de la libertad humanas, sino hasta la vida divina, haciendo surgir de las profundidades del alma, un acrecentamiento de juventud y de vitalidad que la eleva hasta la participación en la naturaleza divina; y finalmente, hasta la existencia y personalidad del Hijo, su igual, al enviar a Este para que asumiese en el seno de una Virgen una carne procedente de la materia original a través de millares de mutaciones obtenidas en el curso de millones y millones de años. ¿Quién podría imaginar más prodigiosa ascensión? ¡A partir de un núcleo astral sembrado en el espacio, edificar poco a poco la humanidad del Verbo! ¡E introducir la junto con inmensas multitudes en su intimidad, por toda una eternidad de luz y de gozo libremente saboreada! ¡Qué magnanimidad! Y también qué embriaguez para nosotros

poder ofrecer al mundo en el apogeo de su evolución esas tres coronas inmortales que son la razón, la voluntad y el libre albedrío, elevados a su vez, por el don del Padre, a la visión, a la fruición y a la posesión de Dios.

Pensemos en primer lugar en los admirables esfuerzos que el hombre viene realizando desde hace miles y miles de años para dominar la tierra y sondear el universo. Rindo con gusto homenaje a su ciencia y también a la sabiduría a la que ha sabido elevarse progresivamente, dando muchos rodeos, en Grecia, China o la India, por ejemplo. Es cierto que desde el comienzo había conocido por revelación que su alma es inmortal y que el mundo fue creado por un Dios trascendente. Pero pronto habría de olvidarlo y emplear aquí y allí muchos siglos para redescubrirlo. Sea lo que fuere de sus esfuerzos por encontrar por sí mismo, después del pecado, la solución de sus problemas, lo cierto es que fue por Adán, primero y por Abraham después, cómo Dios propuso a los hombres las luces de la fe. No solamente para manifestarnos su existencia y nuestra inmortalidad, que, en rigor, hubiéramos podido adivinar por nosotros mismos, sino para revelarnos cuál es su misterio interior y que estamos destinados a conocerlo claramente. Así pues, desde los comienzos, la inteligencia humana estuvo informada sobre lo que encerraban más allá de sus horizontes naturales, el presente de Dios y el porvenir del hombre. Después del pecado original, un mensaje análogo alcanzó a algunos privilegiados y luego al pueblo elegido y, por fin, con Cristo, a todos los que creen en Él. En adelante, en la luz que irradian su palabra y su acción, podemos entrar en contacto con el Padre y saber adónde nos conduce. En el universo y en el más allá eterno o futuro, todo, empezando por el origen y la finalidad de la naturaleza, tomó consistencia en el secreto de Dios y la vocación del hombre.

Era indispensable que éste, en la lenta evolución de un mundo ordenado para desarrollarse por etapas, conociese la pedagogía de la fe y sus relativas oscuridades antes de la madurez de la visión y sus fulgurantes claridades. Pero éste no es más que un momento fugaz de la creación en su ascenso hacia Dios. La visión beatífica, a la que inconscientemente aspira todo hombre y que con impaciencia espera todo cristiano, elevará nuestra inteligencia por encima de la ciencia humana, en la que la dilapidamos, y aun más allá del claroscuro de la fe, en el cual la ejercitamos, hasta la sabiduría absoluta en la que lo alcanzará todo. Abismar la mirada en el corazón mismo del Ser donde todo se concentra desde la eternidad: ¿podríamos permanecer indiferentes ante tal esperanza? Abismarla en la fuente infinita de todo donde la sed de conocer, inherente al espíritu, queda por fin saciada: ¿podríamos dudar de que sea éste el destino del pensamiento humano? Hay en torno nuestro quien no se decide a creerlo. Y sin embargo, es verdad. La ascensión de la materia y de la vida, la ascensión de la humanidad por el esfuerzo conjugado de la razón y de la fe, nos conducen poco a poco hacia ese término ideal pero no irreal, donde Cristo ha llegado junto con un primer grupo de hermanos. Por ser Hijo de Dios, tenía derecho a ello en función de su ser y de su personalidad. Introduce allí, junto a Él, a cuantos hayan puesto su esperanza en Él, a cuantos creen en la bondad del Padre, en la bondad del Ser absoluto y perfecto. “Porque Dios tanto amó al mundo que le ha dado su Hijo único a fin de que todo hombre que crea en él no perezca sino que tenga la vida eterna” (Jn 3,16).

Una evolución paralela se está realizando en el plano del amor. No hay que subestimar la energía desplegada desde hace milenios para acrecentar la justicia en el mundo entre individuos, sociedades y naciones, y realizar poco a poco el sueño dorado de la fraternidad universal. Es verdad que desde el comienzo, la primera pareja había conocido algo más que el amor humano de dos voluntades plenamente concordes que hacían resonar armoniosamente dos sensibilidades muy puras. Gracias a los dones sobrenaturales con que estaba colmada, había vibrado ya entonces con un amor trascendente en simbiosis con Dios y comulgado misteriosamente con las efusiones trinitarias. Aún después del pecado, había de conservar de ello en el subconsciente una permanente nostalgia y transmitir a sus descendientes un perpetuo atractivo por el paraíso perdido. El género humano, por efecto de su naturaleza y de su pasado, así como por los innumerables *pizzicati* del Altísimo, no ha cesado jamás de anhelar aquel día en que podrá al fin fraternizar unánimemente, por encontrarse de nuevo concorde con su Padre y su Creador. Pero los creyentes de los tiempos patriarcales o de la Antigua Alianza y sobre todo los del Nuevo

Testamento, volvieron a encontrar en la irradiación de Cristo su amistad con Dios y la unión entre sí. Y de nuevo resonó en los oídos de los justos el canto afinado del universo. El sordo gemido de la creación que con dolores de parto, aspira a la revelación de los hijos de Dios (*Rm* 8,19-22), se asocia a la purísima espiración de las Personas divinas en su profundo amor por la Bondad primera, y participando de ese llamado y de ese clamor el alma experimenta un sentimiento de paz que hasta entonces ignoraba.

Para respetar la ley de un incesante progreso impuesto por ahora al universo entero, es necesario también que el hombre aprenda el arte del amor verdadero, primero bajo el velo oscuro de la fe y en la imperfección de un corazón aún inestable, antes de alcanzar el acorde perfecto, en la intimidad de la visión, donde toda disonancia desaparecerá y toda estridencia quedará excluida. No es esto, sin embargo, más que una etapa, y la ascensión hacia la pura armonía del alma con su Rey se consuma -un buen día- muy por encima de todos nuestros intentos acá en la tierra. Gozar de Dios en un faz a faz eterno en el que seremos colmados de todos los bienes posibles - los que imaginamos y los que superan nuestra imaginación-, ¡he ahí lo que se nos ofrece! Un vibrar inmóvil al ritmo pacificante de las procesiones trinitarias en la más absoluta conformidad de la voluntad humana con las iniciativas y las necesidades divinas. ¡Qué maravilloso hallazgo! ¿Podríamos desinteresarnos de esta elevación nuestra al unísono con el Ser y dudaríamos en encontrar allí nuestro reposo? ¿Creemos esto realmente? ¿Creemos que es esto el destino del amor?

Cristo, que nos precedió, ya ha entrado en el gozo del Padre, arrastrando en pos de sí multitudes innumerables. Siendo Hijo por naturaleza, vibraba en su alma, con pleno derecho, en acorde perfecto con su Dios. Y ahora, alrededor del maestro de coro, se van agrupando uno a uno los músicos sobre el estrado del paraíso para entonar al unísono el himno a la alegría de la Jerusalén celestial, en el que se ejercitaron en la tierra: “Amén. Alabanza y gloria, sabiduría y acción de gracias, honor, poder y fuerza. Por los siglos de los siglos. Amén” (*Ap* 7,12).

Por último: la libertad humana crece por la sabiduría y el amor. Por eso encontramos en este tercer plano algunos procesos análogos a los que acabamos de recorrer. Es evidente que se ha empleado una inmensa energía, desde hace millares de años, para liberar a las personas o a los pueblos de todas las esclavitudes individuales o colectivas y de todas las servidumbres interiores o exteriores. Se ha hecho todo lo posible por asegurar a todos los hombres una autonomía completa y la paz del corazón. La psicología del inconsciente y la infalibilidad del partido tienden también a ese fin. Claro está que después del pecado hemos conservado la nostalgia del tiempo ya lejano en que el género humano estaba libre de todas las esclavitudes que nos oprimen. Pues Adán y Eva, con la justicia original y la gracia santificante, ignoraban la coacción. Gozaban interior y exteriormente de absoluta libertad. Ninguna oposición se manifestaba entre los deseos profundos de su naturaleza y los estímulos de toda clase que recibían del mundo. Vivían en armonía perfecta con Dios, con el universo y con sus propias aspiraciones. Podían sin cesar, y con la más total espontaneidad permanecer idénticos a sí mismos. La fe y el soplo del espíritu ofrecidos a los justos del Antiguo Testamento y a los santos del Nuevo, les proporcionan un extraordinario sentimiento de liberación y les devuelven en parte la autonomía perdida por nuestros primeros padres. En efecto, el hombre tiene acceso a la libertad en la medida en que, volviéndose a encontrar acorde con Dios, encuentra nuevamente su identidad. Cuando el hombre se recupera a sí mismo, recupera también todas las cosas. Contradictorio en apariencia, esto es sin embargo perfectamente comprensible para quien, con Cristo, sabe que la soberana independencia consiste en realizarse según las leyes de su ser en lugar de esquivarlas. “La verdad os hará libres” (*Jn* 8,32). La verdad del pensamiento y de la vida es la libertad del alma.

Era necesario que en ese plano así como en el de la inteligencia y del amor, el hombre aprendiera progresivamente a aceptar lo real, o dicho de otro modo, a aceptar su propia naturaleza y el mundo exterior. Ese tiempo de iniciación y de prueba se conformaba al designio de Dios, de que todo llegara a su término después de lentas preparaciones. La elección -a la que

nos gusta considerar como la última palabra de la libertad- es justamente ponderar, con vistas a nuestra realización completa, las circunstancias en que estamos colocados; es una opción para ser más.

Convenía que nos entrenásemos para ello en la fe y bajo el impulso del Espíritu antes de superar definitivamente esa fase y llegar a la pura aceptación del infinito en la bienaventuranza.

En el seno de Dios, frente a la plenitud del Ser, ya no se puede elegir: esta palabra ya no tiene sentido, no se puede sino consentir. Y todo nos encamina a la liberación de todas las esclavitudes, a la plena autonomía del espíritu y del corazón en una ardiente adhesión del alma al Bien supremo en la que ya no hay necesidad de optar pues se lo posee todo. Los Padres de la Iglesia han discutido a menudo sobre esta adhesión al Ser, a propósito de las procesiones trinitarias. La generación del Verbo y la procesión del Espíritu no son actos libres en el sentido de que el Padre y el Hijo podrían negarse a ellos. La Trinidad es necesaria. No podría ser de otro modo. La efusión de la sabiduría y del amor que Cristo nos ha revelado es la ley del Ser absoluto. Pero no es posible sin el acuerdo pleno, sin la plena adhesión de las Personas a las exigencias de la realidad divina. Estamos en cierto modo más allá de la libertad, en el punto en que es compatible con lo necesario, ya que es una pura adhesión a lo real sin ninguna otra elección que la infalible y total aceptación de lo que es. Hijos adoptivos junto al Hijo por naturaleza, nos será concedido tener acceso con Él a ese grado supremo en que se es soberanamente libre porque se es irresistiblemente seducido, porque se ha alcanzado la cumbre del propio ser. En una palabra es el *amén* eterno, el *fiat*, el sí de la esposa o del hijo colmado, el abandono más voluntario al bien más total. “Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús no fue sí y no; en Él no hubo más que sí. Pues en efecto todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en Él; y por eso decimos por Él ‘Amén’ a la gloria de Dios” (2 Co 1,19-20; cf. Ap 3,14 en que Cristo es el *Amén*; y Ap 1,6-7; 5,14; 7,12; 19,4; 22,20).

Mientras no se haya alcanzado así la plenitud absoluta del pensamiento, del amor y de la libertad en la visión, el gozo y la posesión de Dios, no se podrá encontrar la felicidad perfecta. Más allá de lo que pueda descubrir, amar o conquistar, el hombre imaginará y deseará siempre otra cosa, sintiéndose así prisionero de sus propios límites. No puede encontrar el reposo sino poseyéndolo todo o sea, poseyendo a Dios, en quien se cumplen todas las esperanzas del mundo por la adhesión indefectible a la inagotable riqueza del Ser. Y ya que estamos hablando de la vida eterna, con la Escritura y la Tradición, veamos en qué consiste. Cuanto acabamos de recordar está reunido en la bienaventuranza en un instante único en que todo se nos da simultáneamente en un grado tal que ya no hay tiempo ni duración posibles. Se participa así de la eternidad de Dios. La visión, la fruición y la posesión, no son más que una iluminación, una embriaguez, un abrazo sin fin y sin sucesión. Cuando se lo tiene todo no se puede tener más, no se puede tener después. El tiempo acaba sobre las riberas de la eternidad. La evolución ha clavado su lanza en el corazón de Dios y allí queda inmóvil para siempre. Pero siempre será verdad que, agrupados en torno a Cristo, trataremos indefinidamente de expresar lo inexpresable por medio de ideas, suspiros y entusiasmos humanos, mientras nuestras miradas, nuestro amor y nuestra adhesión estarán inmutablemente fijos en las Personas divinas por encima de toda palabra, afecto y movimiento. En este plano subyacente hay que situar el canto de los bienaventurados. De ahí el cúmulo de términos y de repeticiones que encontramos en las doxologías del Apocalipsis. En ese plano, se retorna a lo múltiple y a lo sucesivo a la duración - aunque no al tiempo propiamente dicho- pero esto ya no es más que el halo de la bienaventuranza, un eco de la eternidad.

Tal es el fin supremo y el futuro eterno al que se dirige el mundo en su ascenso hacia Dios. Sin embargo, por una maravillosa compensación, la sublimación de todas nuestras esperanzas en la visión, el gozo y la posesión del Ser absoluto, trae consigo otro mundo futuro, temporal esta vez, donde se realizan todas las esperanzas terrenales de la creación material y de la humanidad que ella ha concebido en su seno virginal.

2. *Un mundo nuevamente sagrado*

Al entrar con Cristo en la intimidad de Dios para abismar en Él su mirada, gozar de la vida trinitaria y participar en el amén de las Personas divinas, la humanidad recibe, como regalo de bodas, el dominio del mundo, una armonía sin defecto y su pleno ajuste a lo real. Con la transfiguración de nuestros cuerpos, de la tierra y de los cielos, todas las aspiraciones de la materia y del espíritu obtienen su verdadera satisfacción. El hambre, el llanto y la infamia, la muerte, el odio y el pecado desaparecen para siempre. Privado de todo sostén, el mal vuelve a la nada. Es la primavera sin fin del universo. Y, una vez más, el Señor es para nosotros la prenda y el testigo de todos estos bienes después de haberlos conquistado para nosotros en el calvario, en el sepulcro y en el paraíso. Ha triunfado sobre todas las cosas y creemos que algún día seremos asociados a su exaltación y a su gloria. Ha vencido la muerte por su resurrección; el odio, entregándose por nosotros a las crueldades de su pasión, y el pecado en virtud de su glorificación junto a su Padre.

La resurrección significa que ha sido restituida al género humano la autoridad no sólo sobre toda carne sino sobre todo el universo, mucho más allá de los éxitos actuales o futuros de la ciencia o la técnica, en física o biología. Sabremos todo y todo estará sometido a nuestros deseos.

En cuerpos resplandecientes en medio de astros llameantes, viviremos lo que habremos visto en su fuente infinita desde nuestra entrada en la casa de Dios. Ese mundo renovadamente íntegro, límpido y dócil, con el cual soñamos, no es un espejismo vano. Un día lo contemplaremos sin velos, con nuestros ojos de carne y lo modelaremos sin esfuerzo entre nuestros dedos, sin necesidad de instrumentos, aparatos, útiles o máquinas. El mal no podrá ya atentar contra nuestra vida. Por eso cantaremos con toda nuestra voz junto con san Pablo (*1 Co 15,54-47*):

“La muerte ha sido devorada en la victoria.
¿Dónde está muerte, tu victoria?
¿Dónde está muerte, tu aguijón?..
Pero gracias sean dadas a Dios,
que nos da la victoria
por nuestro Señor Jesucristo”.

La pasión significa que la fraternidad ha sido restituida al género humano por su jefe mediante un don tan perfecto que el odio queda abolido en toda la creación más allá de todas nuestras esperanzas. Habiendo sido enaltecidos todos al unísono hasta la unión con el Ser, ningún desacuerdo nos será ya posible en el plano espiritual y tampoco por vía de consecuencia en el plano de nuestras sensibilidades humanas, armonizadas admirablemente para servir de caja de resonancia a nuestros más sublimes amores. La afectividad animal a su vez vibrará en conformidad total con la nuestra y el mundo entero cesará de gemir para cantar con nosotros las maravillas de Dios. El universo se convertirá para el hombre en un inmenso anfiteatro con acústica admirable. En tan suntuoso escenario podremos decir en toda verdad con san Juan (*1 Jn 3,11-16*):

“Amémonos unos a otros.
No como Caín, que siendo del Maligno,
mató a su hermano...
Nosotros sabemos que hemos pasado
de la muerte a la vida
porque amamos a los hermanos...
En esto hemos conocido el Amor,
en que Él ha dado su vida por nosotros”.

La glorificación es la impecabilidad restituida al género humano mediante iluminación e inspiración tan divinas, en el corazón de los elegidos, que éstos se ajustan rigurosamente a la realidad sin conocer ya ninguna angustia, ninguna vacilación, sin cometer ningún error, sin dar paso alguno en falso. Iluminados por el Espíritu y animados por Él, aceptan plenamente el destino de las cosas y su suerte personal así como los acontecimientos exteriores y los de su ser interior. ¿Acaso no ha sido todo renovado en la luz y en el amor? Es el completo abandono a la voluntad del Padre y el final del pecado, pues el pecado es un estar fuera de lo real. En una palabra, es el sí, el sí del hombre al mundo después de su sí a Dios, el amén del hombre a Dios prolongándose en su amén al mundo. Adhiramos, pues, con todas nuestras fuerzas a la afirmación de san Pedro:

“El Dios de toda gracia,
el que os ha llamado en Cristo
a su eterna gloria,
después de breves sufrimientos,
os restablecerá,
os afianzará,
robustecerá y os consolidará.
A él el poder por los siglos
de los siglos. Amén”.

(I P 5,10-11)

El cristiano es aquél que cree en dicho triunfo, en la resurrección del mundo, en el amor más fuerte que el odio, en la verdad de la vida. Cree en la nueva Jerusalén bañada en la claridad de Dios, abierta a todos los hombres y sin impureza alguna (Ap 21,23. 25. 27). “Ya no habrá muerte. No habrá llanto, ni clamor, ni dolor, porque todo eso ha terminado” (Ap 21,4), el mundo impío del pecado del que provenía toda lágrima.

Podemos pues, sin temor, y hasta apasionadamente, asumir todas las esperanzas de nuestro tiempo, viendo en ellas un esbozo, por cierto pueril pero verdadero, del mundo futuro. Ellas se realizarán en la tierra más allá de toda expectación y a la vez serán elevadas al infinito en la vida eterna. En efecto, “os anunciamos lo que ni ojo vio ni oído oyó ni al corazón del hombre llegó lo que Dios ha preparado para los que lo aman, porque Dios nos lo ha revelado por su Espíritu” (I Co 2,9-10). “Sí, vengo pronto. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20).

Pero este mundo, nuevamente sagrado, es del futuro, del porvenir. ¿Y el de ahora? En esta tierra participamos ya en el triunfo de Cristo sobre la muerte, el odio y el pecado. Vencedores de la muerte, lo somos desde ahora por el resplandor de nuestra alma que ilumina con su brillo nuestros ojos, transfigura nuestro rostro y somete nuestra carne a la ley del espíritu. Añadamos el firme optimismo que ha sido infundido poco a poco en nuestra inteligencia por el pensamiento cristiano y por los milagros que los santos obran para darnos un sabor anticipado del paraíso de Dios. Vencedores del odio, ya lo somos cuando aprendemos a amarnos unos a otros como hemos sido amados, con amor tierno y fuerte, y si es necesario, hasta el sacrificio total de nosotros mismos. No olvidemos la influencia ejercida sobre todos los pueblos por la civilización cristiana y el consiguiente impulso hacia una mayor justicia y generosidad. Vencedores del pecado, lo somos por la remisión de nuestras culpas, nuestra adhesión cada vez más completa a la verdad de las cosas y la facilidad interior que se alcanza cuando, bajo la acción de la gracia, no se obra ya forzosamente. A lo cual podemos añadir que el cristianismo dio un nuevo vuelo a la libertad en todo el orbe y contribuyó a despertar en todos los hombres el sentido de la propia responsabilidad. ¡No es poco todo esto!

Sin embargo, debemos aceptar por algún tiempo todavía el hambre, el llanto y la infamia, pasar por la muerte, ser víctima del odio, sufrir la humillación del pecado. La autoridad, la fraternidad y la impecabilidad de que hemos hablado vendrán más tarde. Mientras esperamos la

transfiguración de todas las cosas recibimos tan solo sus destellos por maravillosos que sean. De ahí que tengamos que vivir en tensión permanente y hasta, me atrevo a decir, tremendamente desgarrados. Se nos repite hasta la saciedad que cuanto más nos seduzcan la belleza, la excelencia y la bondad de Dios tanto más manifiesta se nos hará la vanidad de las creaturas, como si al acercarse uno al cielo, se aprendiera de repente a despreciar la tierra. Pues bien, no es así. Lo confieso con toda humildad: cuanto más atraído me siento a la visión, fruición y posesión de las Personas divinas, tanto más percibo, saboreo y aprecio los tesoros de este mundo. ¿Es esta una ilusión de Satanás? ¿Por qué hemos de pensar que frente a lo absoluto ha de evaporarse lo relativo? La claridad del sol naciente tiñe los objetos de la tierra con tintes encantadores. Que Dios sea infinito no disminuye en nada la densidad ni el valor de las perlas de rocío que destilan sus dedos. Por el contrario, siempre es Él quien les confiere su consistencia y su valor. Excesivo es el número de cristianos más o menos maniqueos. Para ellos la materia es un producto del demonio. No creen de veras en la bondad de las cosas. Muchos otros imaginan que van a exaltar a Dios menospreciando su obra. ¿Se puede acaso halagar a un padre diciéndole que su hijo es una nulidad, o a un autor, que sus obras no valen nada? Y bien, esto es lo que hacemos al repetir sin cesar a Dios (para glorificarlo, por lo visto) que sus creaturas no nos ofrecen interés alguno. No es éste, por cierto, el espíritu de los Salmos ni el del Génesis.

He dicho en otro lugar lo que pienso de la agonía de Cristo en el Huerto de los Olivos (*Aux sources de la charité fraternelle V, Forma Gregis*, mayo de 1960, pp. 51-52; y ed. du Cerf, pp. 92-93). Cristo estaba tremendamente destrozado por tres fuerzas que se conjugaban para crucificarlo: su naturaleza adherida a la vida, su carne adherida al placer y su voluntad adherida al amor. Su sufrimiento en Getsemaní debe haber sido incomparablemente más grande de lo que hubiera sido en Belén con ocasión de la matanza de los inocentes. Había crecido en edad y en sabiduría. Había vivido muchos momentos felices, admirado hermosos paisajes, gozado de tiernas amistades. Todo esto pesaba mucho seguramente en su corazón delicado y se comprende que haya sudado sangre al ver que se aproximaban los tormentos y la muerte. Notemos cómo, arrodillado, decía a la vez, Padre, aleja de mí este cáliz y hágase tu voluntad. Conocía por experiencia cuánto era lo que sacrificaba, y esto fue lo que tornó tan crueles su agonía y su pasión. Ahora tenía mucho más para dar que treinta años atrás. Por consiguiente, no se diga que el ideal del cristiano sea estar tan enteramente despojado en el momento de la muerte que nada tenga ya para ofrecer a Dios. Y dejémonos de estar constantemente desprestigiando las realidades de este mundo y arrastrándolas por el lodo con orgulloso desprecio. Abandonemos ese falso espiritualismo y ese estoicismo absurdo. Es urgente retornar al cristianismo auténtico y a la imitación de Cristo. Cuanto más avanzamos tanto más vivo se torna el desgarramiento; cuanto más se progresa, tanto mayor es el sacrificio. Para que consintamos en perderlo todo en expiación del pecado antes de encontrarlo nuevamente como premio de nuestra fe, es necesario que tengamos algo para perder y algo para volver a encontrar. Con plena lucidez de espíritu hay que renunciar a todo en la muerte para recuperar el céntuplo en la resurrección. Sí, contrariamente a lo que se pretende entre nosotros, la creatura es más que un soplo, un vacío o la nada. Y esto es todo lo que, en la hora actual, el mundo espera que nosotros reconozcamos.

Después de haber considerado cómo se han de apreciar los bienes terrenos, diremos algo sobre el uso que se debe hacer de ellos. Lo cual es otro asunto. Es menester usar de ellos oportunamente. Me parece que se puede enfocar su uso desde cuatro puntos de vista. Por supuesto, que en primer lugar, hay que conquistar y salvaguardar la propia libertad espiritual frente a ellos, para no volverse sus esclavos por un excesivo apego hasta el extremo de llegar tal vez a preferirlos al prójimo y aun a Dios, que es el bien supremo. Después del pecado, no se llegará a esto si no es, por una parte, aprendiendo a moderar sus concupiscencias y a disciplinar sus facultades, y, por otra, colocando por encima de todo los esplendores de la vida eterna; dicho de otro modo, por un doble esfuerzo de adiestramiento y de contemplación. Pero esto no es sino el primer aspecto, enteramente personal. En toda circunstancia, y más después de la caída, debemos, en expiación de nuestros pecados, hacer a Dios ofrendas de toda clase que, después de nuestra exclusión del paraíso terrenal, suponen toda suerte de privaciones para

nosotros. El sacrificio está inscrito en la naturaleza humana y se convierte, con la redención, en una exigencia y en una cierta necesidad del alma, que fija su mirada en la pasión de Cristo ocupándose sin cesar en unirse a ella. Es ese el significado de los votos religiosos. Pero aprendamos a practicarlos sin negar por eso la excelencia de las cosas a las que renunciamos, sin olvidar la magnificencia de la Jerusalén celestial de la que participaremos algún día, sin desdeñar las agradables sorpresas que Dios nos hace, a veces, para hacernos saborear anticipadamente la resurrección.

El tercer aspecto del problema, después del aspecto personal y del religioso, es el apostólico. Es cierto que debemos emplear sin escrúpulos y aun con liberalidad al servicio de la Palabra todos los tesoros de la naturaleza y de la técnica. Hoy las obras de misericordia exigen a menudo gastos enormes: no solamente los orfanatos, las escuelas, los hospitales, sino también la investigación y la predicación de la verdad. Pienso en los instrumentos de trabajo que se nos han tornado indispensables (libros y revistas en especial) y en los medios de difusión que se imponen cada vez más. Se nos dice que debemos emplear medios pobres. Son meras palabras. Hay que emplear lo que sea necesario. Y Dios provee. Así lo ha prometido a quienes realmente trabajan sólo para Él y no para la propia gloria o la del propio Instituto. Dios no es mezquino. Imitémosle.

Por fin el cuarto y último aspecto es el del testimonio que se ha de dar. Comprendamos que hemos de persuadir al mundo de que, a la vez que apreciamos todos los valores verdaderos de la tierra, los sacrificamos libremente para mostrar nuestra independencia frente a ellos, afirmar lo absoluto de Dios, manifestar que todo lo recibimos de Él y expiar nuestros pecados. Todos debemos dar testimonio, por nuestra manera de vivir, de nuestra estima y de nuestra renuncia frente a lo creado.

Pero nuestro equilibrio individual no debe ser enfocado aisladamente. A la Iglesia, en su conjunto, le toca realizar en ese punto el equilibrio perfecto en el que las fuerzas opuestas que nos dividen se compensan perfectamente. Por eso ella defiende a la vez -en aparente contradicción- el derecho de propiedad y el voto de pobreza, el matrimonio y la virginidad, la libertad individual y la obediencia religiosa. Asume así todas las esperanzas del mundo actual sin negar por ello las bienaventuranzas evangélicas. Pero no menosprecia ni la posesión de los bienes exteriores, ni el amor carnal en el hogar conyugal ni la autonomía de las personas. Tan solo condena sus abusos,

IV. EL APOYO DE NUESTRA ESPERANZA

Vivimos en la esperanza, escalando en el barro y en la penumbra el estrecho sendero que nos conduce a la intimidad de las Personas divinas y a la transformación del mundo. Al hablar de la pobreza, hemos subrayado que lo esencial es abandonarse al Padre, al Hijo y al Espíritu, buscar sólo en ellos la seguridad que necesitamos para no sucumbir a la desesperación. Dios se basta a sí mismo y sólo Él puede transformar el universo. El hombre es un ser extraño, aparentemente contradictorio. No puede ser feliz sino por la posesión del absoluto y la impasibilidad de la carne, mientras que por naturaleza es impotente para penetrar los secretos de Dios y asegurarse la inmortalidad. La flaqueza de las criaturas espirituales es su incapacidad para alcanzar por sí mismas su fin. Su grandeza es su aptitud intrínseca para ser elevadas por su Autor por encima de sí mismas. Algunos se sienten humillados y otros son lo bastante necios como para negarse a ello. ¡Desdichados! ¡No han entendido que Dios es nuestro amigo! Y lo que se obtiene con la ayuda de un amigo se obtiene en realidad por sí mismo puesto que un verdadero amigo es otro yo. Además, todo nos ha sido ya dado en Cristo, todo ha sido adquirido por la humanidad en Él. Basta creer en Él, con la certeza interior y la garantía exterior que a cada uno nos ofrecen su Espíritu y su Iglesia.

Nos queda por preguntar cómo mantenernos en la esperanza en medio de la incredulidad

general, y cómo conducir a nuestros contemporáneos extraviados hacia las pendientes de la eternidad. La respuesta es simple: hay que orar. San Pablo siguiendo a Cristo lo ha repetido más de una vez en sus cartas: “Hay que orar siempre y sin desistir” (*Lc* 18, 1). “Sed asiduos a la oración” (*Col* 4,2; *Rm* 12,12). “Orad en todo tiempo (*Lc* 21,36; *Ef* 6,18). “Orad sin cesar” (*1 Ts* 5,17). “Vivid en la oración” (*Ef* 6,18). Desde la misma tarde de la Ascensión, los Apóstoles hicieron de la oración su ocupación permanente (*Hch* 1,14) y después de Pentecostés habrían de afirmar que era la levadura de su predicación (*Hch* 6,4). La oración era también el sostén de la comunidad primitiva (*Hch* 2,42). Se sabe que Jesús gustaba recogerse en la soledad (*Mt* 14,23, *et passim*). No se puede permanecer en la esperanza sin un continuo trato con Dios. Por eso vamos a reflexionar sobre la oración. Después de recordar su naturaleza, será bueno considerar los obstáculos y las ventajas ofrecidas por la vida moderna a aquellos que procuran permanecer continuamente en íntima unión con el Señor. De ahí las dos partes de la reflexión que haremos: En presencia de Dios por la oración y en presencia del Padre en el seno del mundo.

1. En presencia de Dios por la oración

¿Qué significa rogar, en el sentido primero y original del término? Es dirigirse a alguna autoridad para obtener lo que se desea. En el fondo, así como uno impone a sus inferiores su voluntad personal al mandarles algo, de igual modo se obtiene que los superiores (o los iguales) hagan lo que uno quiera, al pedirselo. Para muchos cristianos, lamentablemente la oración no es más que eso. Creen que van a ejercer influencia sobre la Providencia, modificar su curso, y se irritan ciegamente cuando se dan cuenta de que no lo consiguen. ¡Que niñería! Me hacen pensar en esos sabios americanos que quedan sorprendidos y a veces descorazonados cuando sus satélites ya no contestan más a las señales que les envían. Dios no es así. Dios no es un misil lejano al cual se le puedan ordenar las evoluciones que uno desee. ¿Pensamos teledirigirlo? Me temo que muchos de entre nosotros cedamos, en ese punto, a un vulgar antropomorfismo. Debemos convencernos de que nada puede cambiar el curso de los acontecimientos, tal como misteriosamente ha sido establecido por Dios desde la eternidad, cuando nos concibe en la generación del Verbo y nos quiere en la procesión de su Espíritu.

Releamos el famoso prólogo de la epístola a los Efesios.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado” (*Ef* 1,3-6).

Recordemos también ese pasaje extraordinario de la epístola a los Romanos en que se ve hasta qué punto la acción divina es, para san Pablo, infalible en lo íntimo del alma:

“A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos; a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó, a esos también los justificó; a los que justificó, a esos también los glorificó” (*Rm* 8,29-30).

Entonces, ¿por qué orar? ¿Por qué querer doblegar a ese Dios, cuyo amor es inexorable? Es suficiente abandonarse a Él sin preocuparse por intervenir en sus designios. ¡Nada tenemos que pedirle, ni más ni menos que los incrédulos para quienes el mundo está entregado al determinismo o a la anarquía! No he querido decir eso. No pretendo decir que sea inútil orar, tan sólo digo que en general se le da a la oración un poder que no tiene, y que hay que justificarla de modo diverso según se dirija a Dios o sea un recurso a los hombres. ¿Cómo? Como lo hizo Copérnico cuando revolucionó el pensamiento científico demostrando que el sol no gira en torno a la tierra -según se creía antes- sino la tierra en torno al sol. Me explico. En vez de tratar

de cambiar el curso de la Providencia acomodándolo a nuestras miras, ¿no habría que hacer al revés, esto es, entrar libremente en la acción de Dios? Pues nosotros somos sus satélites, y en todo instante debemos mantenernos, mediante su gracia y su espíritu, en la órbita en que nos ha colocado, sin esperar a que nuestras fuerzas estén agotadas, para arrojarnos en Él.

Definida así la verdadera perspectiva, podemos encontrar tres justificaciones para la oración. En primer lugar, nos ayuda a persuadirnos de que sólo Dios satisface nuestras necesidades, lo cual nos conduce a adoptar frente a Él una actitud impregnada a la vez de gratitud y de respeto. Nos colma a cada instante, a su manera, que no siempre es manifiesta a nuestros ojos. Tenemos que convencernos de ello a fin de permanecer dependientes de Él y agradecerle como conviene. ¿Qué mejor modo de impregnar nuestro espíritu y empapar nuestro corazón en esta convicción, que pedir al Padre sin cesar, en nombre de su Hijo amado, nuestro pan cotidiano, el perdón de nuestras ofensas y el alejamiento del mal, junto con la glorificación de su nombre, la venida de su reino y el cumplimiento de su voluntad, en el seno de los cuales nuestras modestas necesidades son remediadas de manera espléndida? No es cuestión de cambiar en algo los designios del Señor, sino de modificarnos nosotros mismos mediante la firme convicción de que todo lo recibimos de Él.

Haciéndolo así -y es éste el segundo beneficio de la oración- aprendemos a insertarnos en el plan de Dios. No ya a hacerle entrar en nuestras miras, sino, por el contrario, a entrar nosotros en las suyas. Y bien: aquí está el nudo del problema. Después de haber reconocido y aceptado nuestra absoluta sumisión al Padre, debemos ir todavía más lejos: adherir con todas las fuerzas a lo que realiza indefectiblemente en nosotros y en torno nuestro; o dicho de otro modo, aceptar con toda el alma y con todo el corazón el misterio de Cristo que incluye el de Dios y el nuestro. ¿Y qué mejor modo de llegar a esto sino pidiendo al Señor con las mismas palabras que Él nos enseñó, las de los Salmos y las del Padrenuestro, u otras análogas, lo que precisamente resolvió darnos desde toda la eternidad: el pan, la paz, la libertad a la luz de su gloria en su reino, colmados por su amor? Notemos por otra parte, que no se trata solamente de una adhesión global e indeterminada del alma al plan de Dios, sino de su aceptación muy concreta y precisa, con todo lo que ella implica para el presente y el porvenir. Es mucho más eficaz.

En fin, la solicitud que ponemos en tratar con el Señor nuestros asuntos y los suyos, nuestras pobres necesidades y sus prodigiosos beneficios, nuestras locas aspiraciones y sus inmensas promesas, nos dispone eminentemente a la confianza en Él y nos procura a la larga una gran seguridad. Y es justamente la razón por la cual se tiene derecho a pensar que la oración es el mejor sostén de nuestra esperanza. En efecto, ¿qué mejor medio para atizar su fuego en nosotros que hablar con gran sencillez a Dios de nuestros deseos, de nuestras faltas y de nuestras pruebas, en la perspectiva relevante en que nos sitúan la manifestación del Padre a los hombres, la instauración de su reino y su misericordia infinita? Entonces tenemos la certeza de que somos mucho más amados de lo que podíamos esperar y de que un ser tan bueno no puede tener otra intención que conducirnos a la plenitud. Basta que nos abandonemos a Él, y en estas disposiciones lo hacemos muy espontáneamente, con seguridad total.

¡Qué lejos estamos de la pretensión tan corriente hoy, de modificar el curso de los acontecimientos, pesando sobre las decisiones de quien es su dueño absoluto! Todo lo contrario de los fines que perseguimos de ordinario al dirigirnos a nuestros superiores. Y con ello, nuestros corazones ganan en devoción, es decir, en generosidad, para entregarnos con prontitud al servicio de Dios donde Él lo quiera. Cuando confesamos haberlo recibido todo del Señor y se lo repetimos para convencernos, cuando nos esforzamos por entrar en sus designios pidiéndole aquello que nos quiere dar, y cuando conversamos con Él sin cesar y más confiadamente cada vez, entonces nos preparamos a todos los sacrificios abriéndonos también a todas las esperanzas. En lo tocante a nuestros pensamientos, ¿habrá un homenaje más hermoso para ofrecer al Señor? ¡Reconocernos humildemente que todo es gracia en el momento mismo en que debemos actuar; aprendemos a ajustar nuestros proyectos cotidianos según los planes eternos; y nos acostumbramos a deliberar con Él acerca de todas nuestras cosas!

La plegaria, así entendida, nada tiene que sea despreciable o mezquino. Por el contrario, es admirable y constituye, como se ha dicho a menudo, la respiración del alma. Por consiguiente nos hemos de esforzar por liberarnos del antropomorfismo con el que tal vez nos enseñaron a rezar y devolver a la plegaria su verdadera dignidad en nuestras vidas para poder difundirla a nuestro alrededor. Pero este diamante precioso de la petición a Dios de lo que Él quiere para nosotros no se ha de engastar como solitario sino que conviene que esté rodeado de otras piedras que realcen su valor. Por eso, tradicionalmente se sitúa la súplica en medio de otros actos que son su acompañamiento. El primero es la elevación del alma para tomar contacto con el Señor saludándolo filialmente. En segundo lugar, conviene atraer su benevolencia recordándole su excelcitud y sus bondades por medio de muy sinceras alabanzas y agradeciéndole luego fervientemente por su obra y sus beneficios. Sigue la petición, que puede revestir varias formas: va insinuada por la simple exposición de nuestras necesidades y desdichas, ya directamente expresada por un llamado a la intervención divina; puede ser muy indeterminada o extremadamente precisa. Por fin, es bueno terminar la súplica recurriendo a la intercesión de Cristo, cuya mediación nos es necesaria, y a la intervención de la Virgen y de los santos, cuya protección nos es sumamente útil.

Encontramos todos esos elementos en las oraciones litúrgicas. Padre todopoderoso y, eterno (invocación), a ti que eres soberanamente digno de adoración y has hecho grandes cosas (alabanza), te damos gracias por tus maravillas y tus misericordias (acción de gracias); vuelve tus ojos hacia nosotros y mira en qué estado nos encontramos (se insinúa la petición), manifiesta a nuestra mirada tu bondad y concede a tus servidores la salvación de su patria (petición expresada, primero indeterminada, luego precisa). Por Jesucristo, nuestro Señor (intercesión).

A la plegaria, centrada sobre la petición, con los fines prácticos y el marco que hemos descrito, hay que añadir siempre lo que hoy se llama la oración, centrada en la contemplación. Su fin inmediato ya no es el mismo. Ya no se trata de integrar concretamente nuestras acciones en los designios de Dios, sino de considerar con amor su misterio y el de Cristo, por encima de toda preocupación personal. Se está en otro plano, en el plano de la visión beatífica o más bien el de los caminos que a ella nos conducen. Sin embargo, no exageremos. Si la distinción entre esas dos actividades es muy neta en teoría, sería una ilusión querer separarlas en la vida corriente. Por lo demás, para ayudarnos a aceptar en todos los pormenores las miras de Dios sobre nosotros, nada más eficaz que la contemplación de la Trinidad y de la Creación, de la Encarnación y de la Redención. Nada nos conduce más directamente a esa mirada de amor a Cristo y a Dios en la oración que la intimidad de una plegaria en la que tratamos con ellos sobre los acontecimientos cotidianos, a los que, al colocarlos de nuevo en su verdadero marco, se les da en efecto, su verdadera dimensión.

La contemplación responde a una triple exigencia. Una exigencia intelectual inspirada por la fe: adhiriendo a Dios en la oscuridad, buscamos siempre la luz. Una exigencia afectiva inspirada por la caridad: se desea conocer cada vez mejor lo que se ama con locura. Una exigencia apostólica inspirada por el amor fraterno: para dar testimonio de la verdad hay que estar compenetrado de ella.

Unamos siempre en nuestra vida la oración y la plegaria. Asociadas, forman entrambas el más sólido apoyo para la esperanza. Con ellas se traspasa el velo opaco de la materia, se penetra en las profundidades insospechadas del misterio y se obra, en el tiempo, como un ciudadano de la eternidad. ¿Dudaríamos entonces, del auxilio omnipotente de Dios y vacilaríamos en confiar plenamente en Él para alcanzar con su gracia la total realización de nuestros deseos y de su voluntad?

2. En presencia del Padre en el seno del mundo

Por la oración y la plegaria nos ponemos en presencia de Dios. También debemos conservar esa presencia en medio del mundo actual, ya vivamos más o menos enclaustrados ya estemos mezclados como levadura en la masa en fermentación de nuestra humanidad angustiada. Por eso quisiera ahora proponer dos preguntas complementarias, a las cuales, por otra parte, no sabría responder yo solo. En primer lugar, ¿qué obstáculos y qué ventajas ofrece al cristiano el mundo actual para que lleve en medio de él una vida de oración? En segundo lugar, ¿con qué condiciones exteriores e interiores habrá que contar para lograrlo? De lo que se trata, en el fondo, es de hacer un diagnóstico de la situación en que nos encontramos a fines de este siglo XX y establecer la consiguiente “prescripción médica”. Examinemos sucesivamente ambas preguntas.

Comencemos por el diagnóstico. Lo que queremos descubrir es qué es lo que hoy entorpece o favorece, en la oración y la plegaria, la contemplación de Dios y la aceptación del plan divino. ¿Cómo alcanzar ese misterio al que queremos adherir y en cuya realización queremos colaborar, el misterio de Cristo, que todo lo contiene y por el cual vivimos? ¿Cómo alcanzarlo por la Revelación a la vez que por la Tradición, es decir, en líneas generales, en la Escritura y en la Iglesia, con la creación como basamento, pues ésta es ya la manifestación de Dios y el lugar bendito de sus misericordias? En resumen, la pregunta que nos hacemos es ésta: ¿cómo dirigir una mirada de fe, profunda y durable, al universo material y humano en que vivimos y a la obra de la gracia en él?

Pienso que cuanto se puede decir al respecto se resume en una palabra: interioridad. Sólo la interioridad de la mirada nos permite ir más allá de las apariencias (fuera de nosotros y en nosotros) para alcanzar la realidad de las cosas y, a través de ellas, llegar hasta la fuente infinita de todo: interioridad de una mirada penetrante que llega en todo hasta el corazón del ser, e interioridad de una mirada que brota desde el fondo de nuestro ser. Se adquiere esa interioridad y se la custodia gracias a una frecuentación asidua de los textos en que se la encuentra, particularmente la Biblia y los libros litúrgicos junto con los escritos de los Padres y de los verdaderos espirituales. Se la adquiere sobre todo en el recogimiento del alma y en la generosidad del corazón por la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo.

A fin de cuentas, y esto es normal, sólo la oración y la plegaria pueden procurarnos la interioridad que ellas mismas requieren. No es un círculo vicioso sino la ley de la vida. Porque la vida siempre progresa por interiorización y se interioriza al progresar de lo mineral a lo vegetal, de lo vegetal a lo animal, de lo animal al hombre y del hombre al cristiano. Y así sucede también en aquello que nos ocupa donde se trata simplemente de profundizar la vida cristiana tendiendo hacia el absoluto de Dios y su perfecta interioridad. Todo el secreto está en entrar a cada instante un poco más dentro de sí, y por lo tanto, penetrar un poco más en el interior de todo lo demás. Simplemente, ser un poco más, lo que será fruto de la acción de Dios en nosotros al contacto de su Palabra.

Ahora bien, el mundo actual es sin duda alguna un mundo en que se vive a flor de piel en un universo superficial, un mundo en que todo nos distrae; un mundo de la exterioridad. Vivimos distraídos porque sin cesar nos solicitan mil estímulos sensibles, y de esta suerte somos arrastrados fuera de nosotros mismos, porque nos hallamos indefensos frente al ruido que nos arranca del recogimiento, porque estamos sumergidos en la disipación y la agitación. Todo se reduce, a mi parecer, a la dispersión del alma y a la rapidez del ritmo. No hay que olvidar que nuestro siglo es el siglo de la radio y del avión. De la radio que nos pone en comunicación continua con la tierra entera, y del avión que cada vez vuela más rápido y con mayor seguridad. Somos llevados en alas de la velocidad y nos extendemos en superficie. Vivimos así volcados al exterior y fuera de lo real, ya que la exterioridad con relación al mundo está estrechamente ligada a la exterioridad con relación a sí mismo.

A esto se añade el carácter abstracto del pensamiento matemático, en que todo es reducido - como lo hemos visto- a una red de relaciones sin sustrato, trátense de realidades físicas, históricas

o psicológicas. Esto arruina en nosotros todo espíritu metafísico. No hay ya acceso posible a lo trascendente, al más allá de los fenómenos y quedamos encerrados en un mundo enteramente prefabricado por el hombre, un mundo enteramente desacralizado, un mundo enteramente profano, un mundo ateo y sin hondura, cuyo símbolo más llamativo es la pintura abstracta, con sus líneas geométricas... y sus admirables colores que expresan la dispersión de los sentidos juntamente con la abstracción del pensamiento.

Se existe en lugar de ser. Pues existir es, literalmente, estar fuera, fuera de la nada, fuera de Dios, y hasta fuera de sí mismo. Es la palabra clave de la exterioridad. Ser, por el contrario, es el acto en su absoluta pureza, la plena actualización de lo que se es frente al acto de Dios y al acto de las cosas. Es la presencia en vez de la ausencia. Y por consiguiente la interioridad misma. Se está en sí y en los demás, en sí y en Dios en la medida en que se es. Existir es, como dice Heráclito, ser arrebatado por la oleada que pasa; por el contrario, ser es, con Parménides, estar enraizado en sí mismo.

Y sin embargo, este mundo en que la exterioridad domina a través del devenir, este mundo actual tiene su "chance". Está extraordinariamente abierto hacia el espacio y el tiempo. Encuentro y presencia (a nivel de superficie, por desgracia) lo caracterizan. La presencia del hombre moderno en el mundo entero es un fenómeno extraordinario y un acontecimiento sin precedentes. Relatos, revistas, noticiosos, diarios, radio, televisión, para no citar más que los principales medios de información, nos ponen en contacto permanente con la humanidad entera. Hay ciertamente un peligro de disipación y de agitación en esos torrentes de noticias que nos sumergen diariamente. Pero hay también una posibilidad de comunión con todos nuestros hermanos en sus sufrimientos y alegrías, temores y esperanzas. Tal vez, en tiempos pasados, los habitantes de pueblos Y aldeas corrieron el riesgo de tornarse estrechos y mezquinos. Ahora, en cambio, resulta mucho más fácil ser generoso y abierto. ¿No se beneficiarán con esto nuestra oración y nuestra plegaria?

Nuestros contemporáneos se hallan presentes en el mundo a través del espacio y en el pasado a través del tiempo. Fenómeno extraordinario y acontecimiento sin precedentes. Estamos cada vez en mejores condiciones para abarcar la historia en su más lejano desenvolvimiento y en sus orientaciones más profundas. La historia es, para nosotros, la expresión del plan divino tal como de hecho se desarrolla en el mundo. De esta suerte, podemos comulgar de una manera enteramente nueva con el pensamiento de Dios. Vemos cómo la creación surge de la nada llevando en su seno a la humanidad por millares de años, luego cómo surge la humanidad llevando a Cristo en sus entrañas y por fin cómo aparece Cristo trayéndonos la vida eterna en medio de un universo transfigurado. No hay duda de que estas perspectivas tan ricas escapaban en otro tiempo a la mayoría de los cristianos, ya que a sus ojos la historia quedaba reducida tan solo a algunas generaciones. En cambio ahora estamos ahitos de ellas. ¿No se beneficiarán con esto nuestra oración y nuestra plegaria?

Quisiera insistir especialmente sobre los prodigiosos instrumentos de cultura puestos a disposición de todos. Pueden, sin duda, ser ocasión de turbación y dispersión. ¡Pero qué tesoros nos ofrecen! En otros tiempos, la mayoría de la gente no conocía más que su comuna y su iglesia. Hoy, todos tenemos la posibilidad de ver, leer o escuchar las obras maestras de la naturaleza y de la humanidad. Nos está permitido a todos, hoy, palpar los más hermosos signos de lo divino. ¿De qué nos quejamos? ¡Qué progreso tan grande! No faltan peligros, sin duda. Pero, ¿por qué poner cara mohína a la vida desdeñando los regalos que nos hace? La presencia extensiva a la totalidad de lo real no es de por sí contraria a la presencia intensiva a sus fuentes y a sus aspiraciones eternas.

Esos dones ¿son obstáculos o ventajas? Eso depende de nosotros. Cuanto mayor sea nuestra interioridad, podremos asumir mejor la exterioridad del mundo actual. El único secreto para conservar el equilibrio en el "gran adelanto" de la humanidad es que la exterioridad y la interioridad crezcan juntas y proporcionadamente. Podremos estar tanto más abiertos a todo

cuanto más profundos seamos. Hay que mantener en la vida un cierto volumen en el que la extensión de los conocimientos esté en armonía con su profundidad. Los grandes árboles de extenso ramaje resisten al empuje del viento sólo gracias a sus larguísimas raíces.

Seamos almas interiores que viven en el interior de sí mismas y van al interior de las cosas. Entonces el mundo, tan asombrosamente extendido hoy, no será ya un obstáculo para nuestra oración y nuestra plegaria, sino un prodigioso enriquecimiento para contemplar en lo concreto el misterio deslumbrante de Cristo y adherir a su desenvolvimiento cotidiano con todo el espíritu y todo el corazón.

No podemos proporcionar un apoyo mejor a nuestra esperanza, ya que Dios mismo será, en definitiva, nuestro único apoyo.

*310, Rue de Vaugirad
75, París (15^{ème})
Francia*